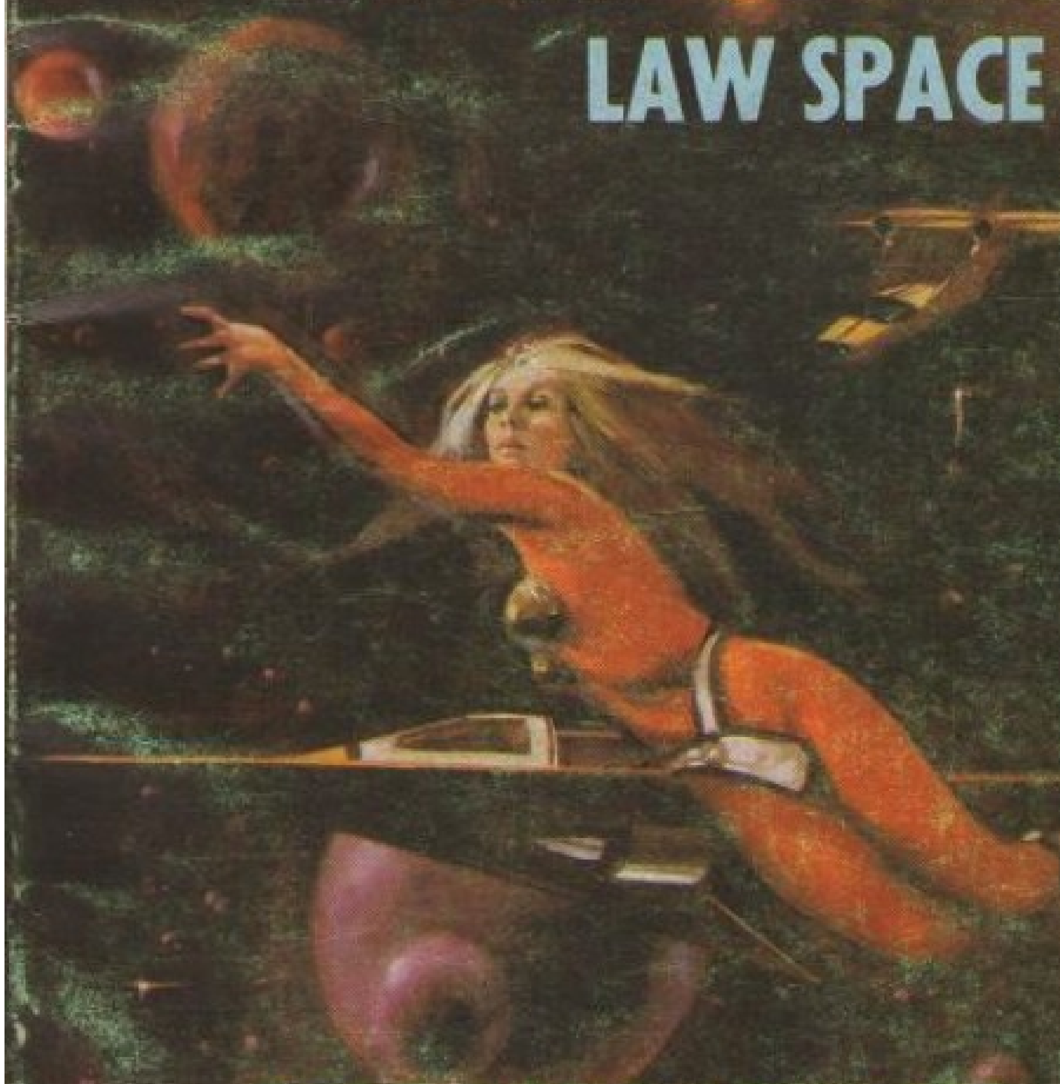
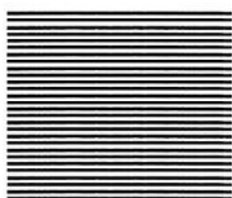
héroes del ESPACIO
NOVELAS ECSA

CUANDO LOS SOLES SE EXTINGUEN

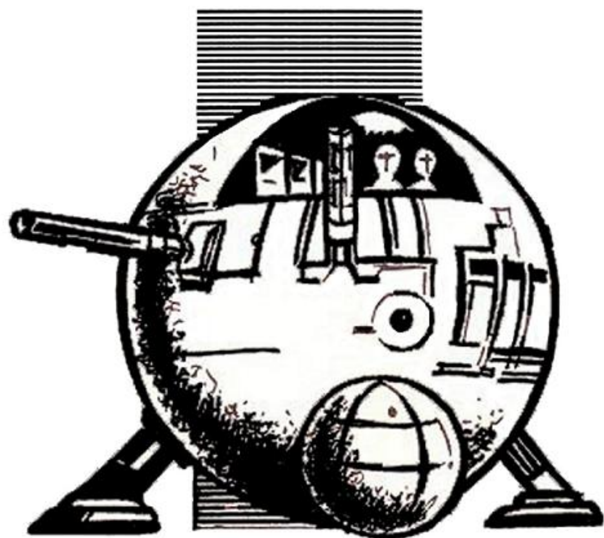
LAW SPACE



SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

LAW SPACE

CUANDO LOS SOLES SE EXTINGUEN

Colección
HEROES DEL ESPACIO Nº 108
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S.A.
AGRAMUNT, 8 – BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56 7
Depósito legal: B. 11.533 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª. edición: mayo 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona – 6

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

103.-Los piratas de Korgia, ***A. Thorkent.***

104.-Mundo perdido, Elliot Dooley.

105.-La Masa, Law Space.

106.-La semilla del horror, ***Rocco Sarto.***

107.-Llamada espacial, Eric Sorenssen

«Estaba escrito en los Libros Prohibidos: Cuando un sistema solar, poco importa el número de soles que le alumbre, ve apagarse la o las fuentes que le procuran luz, energía y posibilidad de vida, de nada servirá a sus habitantes que intenten huir a otros sistemas o a otras galaxias. El final de una estirpe humana termina inexorablemente… CUANDO LOS SOLES SE APAGAN.

CAPITULO PRIMERO

La oscuridad era cada vez mayor...

A lo lejos, detrás de un cielo sin nubes, los dos soles gemelos del Sistema no eran ya más que sendos pálidos glóbulos, agigantados; dos estrellas que habían ido creciendo monstruosamente, al tiempo que se tornaban estérilmente huecas.

De la lujuriante vegetación del planeta Kunus ya no quedaban más que raquíticos vestigios, algunos hierbajos amarillentos, sin el menor asomo de la vivificante clorofila. Y las hojas que pendían de los árboles, retorcidos ya como olivos prehistóricos, tenían el mismo mortal color amarillento, que es como la palidez cerúlea que anuncia la postrera agonía de las plantas.

Hasta el suelo se había ajado, marcándose de la esterilidad general, como si la tierra supiese también que estaba llegando el final definitivo; una muerte mucho más intensa y terrible que las otras: la muerte cósmica. Para Huk, el sabio jefe de los kunianos, que observaba a través del potente telescopio electrónico la agonía de los soles gemelos, todo aquello era demasiado horrendo para que se pudiese explicar de cualquier manera.

Meditaba en aquella vida planetaria que había durado cien mil millones de años —un tiempo fabuloso—; pero que ahora, justo al final, se contraía hasta parecer un solo segundo.

Había como una cínica traición en aquella especie de vida sideral, ya que los habitantes del Sistema, llenos de entusiasmo, habían trabajado durante milenios, sin descanso, produciendo civilización tras civilización y llegando, después de duras y cruentas pruebas, a aquella serena madurez que hacía de ellos una de las poblaciones más civilizadas del Cosmos.

Habían desechado las guerras, los conflictos y hasta las pasiones. Porque sus sicólogos descubrieron que la verdadera personalidad estaba mucho más adentro, junto al alma y lejos de las capas externas de la mente, donde todo es falsa apariencia.

Serenos, comedidos, sabios, buenos, los kunianos vivieron felices en los últimos cincuenta mil años de historia. Hasta que un día, que debía haber sido como los otros, los soles gemelos que les alumbraban y daban vida empezaron a perder fuerza y a crecer anunciando su cansancio estelar, su fatiga cósmica.

Todo había sucedido tan aprisa a pesar de los tres mil años de esta tremenda agonía, que Huk pensaba tristemente en otros tiempos que no había conocido personalmente, pero de los que, no obstante, guardaba un cálido y emocionado recuerdo.

Oyó pasos tras él. Volviéndose, vio que se acercaba Sam-La, su joven hija.

—¿Otra vez ante el telescopio? —le amonestó ella.

—¿Qué quieres que haga? Es verdad que el espectáculo no es nada risueño; pero, hija mía, no puedo dejar de pensar en todo lo que puede suceder.

—¿Por qué te preocupas, padre? Tac y los suyos preparan ya las espacionaves para la marcha.

—Ya lo sé, no creas que olvido mis deberes hacia mi buen pueblo; pero, de todas formas y aunque encontremos la felicidad más allá del espacio, no olvidaré nunca este planeta y los otros, donde los kunianos hemos sido tan dichosos.

—Lo comprendo, papá. ¡Pero tengo tanta ilusión por el viaje que vamos a realizar!

—Yo también. Deseo que nuestros hermanos vivan felices y que encontremos el mundo que nos haga olvidar este que abandonamos. Aunque lo dudo.

—¿Por qué? Dicen que la galaxia hacia la que nos dirigiremos debe de estar repleta de mundos interesantes y bellos.

—Así lo deseo.

—¡Será la más colosal aventura de nuestra historia, padre! ¡Imagínate! Dos mil espacionaves, con todo nuestro pueblo en busca de un Sistema donde poder instalarnos y vivir en la felicidad y paz que merecemos.

—¡Ojalá lo encontremos pronto! Nacerán niños durante el viaje, morirán algunos que hayan alcanzado el ciclo final de su existencia, pero todos los que dejen de ser y los que sean de nuevo estarán llenos de entusiasmo por el futuro… ¡Eso es lo que alegra mi viejo corazón!

Huk, sin dejar de maniobrar con sus dos cortos brazos motores los mandos del telescopio, se pasó los otros dos por la frente, contorneando el único ojo que brillaba intensamente sobre la aguileña nariz.

Aquellos dos brazos, desmesuradamente largos, llamados brazos-

ideativos, no servían más que para, frotando la frente, influir en la marcha del cerebro, transmitiendo a éste una especial energía que despedían. Las otras dos extremidades superiores, los brazos-motores, estaban dotadas de dedos y servían para el común y normal manejo de las manos.

Los brazos-ideativos terminaban en anchas palmas, delicadas y suaves, cargadas de aquella sustancia que aumentaba el trabajo mental.

Por lo demás, los kunianos poseían un cuerpo de cierta belleza, terminando por dos piernas, cortas y recias, que les permitían caminar sobre un mundo donde la fuerza de la gravedad era gigantesca.

—Tac se acerca —dijo Huk.

En efecto, el espaciotécnico de los kunianos penetraba en aquel momento en la estancia.

Gracias al mensaje enviado telepáticamente, había avisado a Huk de su presencia.

Aunque los kunianos no poseían el don de la comunicación telepática del pensamiento, podían prevenirse, avisarse y hasta entenderse elementalmente, gracias a la actividad bioeléctrica de sus potentes cerebros.

Tac se inclinó hacia la joven.

—Buenos días, Sam-La.

Ella le miró con admiración. Sin hipocresía.

Se sentó cerca de Huk, al que miró intensamente durante unos segundos; después dijo:

—Todo está preparado, señor.

—¿Cuánto durará aproximadamente el primer salto hacia esa galaxia? —inquirió el anciano.

—Unos diez días, señor. Viajaremos utilizando la contracción energética de las espacionaves, acercándonos a un tercio de la velocidad de la luz.

—¿Crees que tendremos suerte, amigo mío?

—Lo creo, señor. Hay miles y miles de soles en esa galaxia. Su forma lenticular demuestra que es muy joven y, naturalmente, deben abundar los planetas de parecidas características a los de nuestro Sistema.

—¿Has pensado en la posible existencia de criaturas inteligentes

como nosotros?

—Es casi seguro que tropecemos con dios, señor. Saldrán beneficiados del encuentro. Nosotros iremos en son de paz y abriremos los brazos a todos los que deseen compartir con nosotros una existencia que merezca el nombre de tal.

—¿Y si hallamos pueblos primitivos en estado atrasado?

—Los educaremos, evitándoles una penosa evolución histórica.

—Esos planes te honran, Tac. Es verdad que, en pocos años, pronto cumpliré nueve siglos y ya no me quedará más que uno de vida, y se vuelve uno desconfiado y temeroso. Pero tienes razón: vosotros, en los que bulle la sangre joven, sois los que tenéis en las manos el futuro de nuestro pueblo.

Hubo una larga pausa.

Después, añadió Huk pasándose los brazos-ideativos por la frente:

—¿Sabe el lugar que le corresponde a cada uno en las espacionaves?

—Sí. La distribución ha sido hecha con tiempo y no existirá la menor confusión. Saldremos, si no disponéis nada en contra, dentro de dos horas. Luego, cuando lleguemos a esa galaxia, empezaremos a explorarla, dirigiéndonos hacia la parte que nos sea más propicia.

—¿Qué armas has dispuesto?

—Las únicas que tenemos, señor. Ya sabéis que hace muchísimo tiempo que no se fabrican otras. Fusiles y pistolas paralizantes; eso es todo. Pero, no temáis; por muy potentes que sean los enemigos que eventualmente podamos hallar, bastará con nuestras armas.

—Está bien. Disponlo todo, Tac. Prepararé mis cosas lo más rápidamente posible y saldremos a la hora señalada.

Cuando Tac hubo desaparecido, Sam-La pasó sus brazos ideativos por las sienes de su padre. Aquélla era la forma del beso kuniano.

—¡Qué contenta estoy, papá!

—Te alegra el viaje, ¿eh?

—¡Imagínate! Desde que nací he vivido en esta semi tiniebla, no viendo la maravillosa luz de nuestros dos pobres soles más que en las películas retrospectivas…

—¡Igual me ha pasado a mí!

—¡Pero ya ha llegado el momento de olvidar esta horrenda existencia! ¡Ya verás esos soles resplandecientes que parecen

puntitos brillantes desde aquí! ¡Plantas verdes! ¡Animales de todas clases! ¡Y luz, mucha luz!

La pequeña boca de Huk esbozó una sonrisa.

—Vamos a disponer las últimas cosas, pequeña...

* * *

Las pantallas televisoras de las mil espacionaves funcionaban en cada uno de los apartamentos familiares. Y allí reunidos, los hombres, mujeres y niños kunianos observaron el Sistema en el que habían nacido y vivido perderse entre los puntos brillantes de las lejanas estrellas, desapareciendo, tal y como lo conocían, para siempre.

Quizá, de entre todos aquellos seres sinceramente afligidos por haberse visto obligados a abandonar su mundo, la única persona que no experimentaba tristeza alguna era Sam-La que, en compañía de otras muchachas jóvenes amigas, charlaba animadamente sin preocuparse de las imágenes que desfilaban por el televisor.

Tac-La, la hermana del ingeniero astronáutico, lanzó una alegre carcajada.

—¿Sabéis en lo que he estado pensando?

Y ante la atención de las otras, prosiguió:

—He pensado que podemos encontrar seres horripilantes o hermosos como los de nuestra apariencia. He podido leer en los libros de la biblioteca de mi hermano que es posible la existencia de verdaderos monstruos, pero que también podríamos hallar seres semejantes a nosotros.

—¡Cualquiera sabe!

—¿Por qué no? —intervino Sam-La—. Yo no he encontrado a nadie que me haya atraído entre los muchachos que nos rodean. Es posible que en otro planeta tenga más suerte.

—¿Serías capaz de enamorarte de un habitante de otro mundo?

—Si es como nosotros, ¿por qué no?

Tho-La, la tercera muchacha de la reunión, lanzó un profundo suspiro.

—Creo que no decís más que disparates. Ya veréis como no encontramos criaturas como nosotros en parte alguna. ¡Los habitantes de esa galaxia hacia la que nos dirigimos serán horribles!

—¿Por qué estás tan segura?

—Es una intuición. ¿Qué puede existir tan bello como nuestra raza? Ya sabéis que nuestros astronautas recorrieron muchos mundos vecinos al nuestro. ¿Qué hallaron en ellos? Formas de vida primitiva y salvaje, seres que se comían los unos a los otros. Vida elemental y cruel hasta lo increíble.

—Eso no quiere decir que no haya otras criaturas tan civilizadas como nosotros…

—No lo creo. Cuando tu padre, Huk, habló antes de la marcha, lo recuerdo perfectamente, dijo que nos dirigíamos hacia una galaxia joven, una parte del universo relativamente niña. ¿Qué clase de seres queréis encontrar en unos mundos que apenas si han empezado a vivir?

—No estoy de acuerdo contigo —dijo Sam-La—. Hasta es posible que haya civilizaciones que avanzaron más deprisa que la nuestra. Es muy egoísta el pensar que seamos nosotros los primeros en todo. Lo encuentro decididamente «snob».

Tac-La puso una mueca de contrariedad.

—¡Eres una soñadora, amiga mía! Si tuvieses razón, nuestros hombres de ciencia nos hubiesen hablado de otras astronaves que hubieran surcado el espacio, demostrándonos la existencia de seres verdaderamente inteligentes. Hemos vivido no lejos de esa galaxia y jamás ha ocurrido cosa semejante. ¿Qué más pruebas quieres?

—No me sirven tus pruebas, querida —se obstinó Sam-La—. El que no vuelen por el espacio no demuestra absolutamente nada. ¿Y si no deseaban hacerlo?

—¡Qué tonta eres! Ninguna criatura inteligente, con medios al alcance de su mano, dejaría de salir de su mundo para visitar otro.

La llegada de Tac, que apareció bajo el dintel de la puerta, cortó la animada conversación.

—Tu padre quiere verte, Sam-La —dijo.

—¿Por qué razón no me ha llamado por el interfono?

—Te acompañaré yo.

La Cinta-sin-fin del pasillo los condujo cómodamente hasta la parte anterior de la astronave donde Huk y la joven tenían sus habitaciones particulares; como de costumbre, el viejo jefe de los kunianos estaba sentado ante un potente telescopio. Sonrió al ver aparecer a Sam-La.

—Te he mandado llamar, hija mía, para comunicarte que Tac ha encontrado lo que probablemente será nuestro Sistema.

El ojo frontal de la muchacha brilló intensamente.

—¿Es posible?

Tac asintió con la cabeza.

—Puedes verlo, si quieres, Sam-La.

La joven no se hizo repetir la invitación y, acercándose al telescopio, pegó su único ojo al visor. Tac se colocó junto a ella, mirando por otro visor, conectado al general por un prisma.

—¿Dónde es? —inquirió la muchacha.

—Fíjate en el centro del colimador —dijo Tac—. ¿Ves aquella estrella tan brillante?

—Sí.

—Es el centro del Sistema. Se trata de una estrella joven, cuya duración será larguísima.

—¡Qué bella me parece su luz!

—En efecto. Seguro que alumbrará planetas donde sus rayos habrán animado formas de vida sorprendentes.

—¿Cuántos planetas tiene?

—Nueve. El último, apenas visible, está muy alejado del sol y no nos conviene, desde ningún punto de vista. Pero mientras las otras espacionaves permanecen en su órbita, nosotros aterrizaremos en él para hacer análisis y hacernos una idea de la composición fisioquímica del Sistema.

—¿En cuál nos quedaremos?

—En el que nos convenga más. Puedo decirte ya, Sam-La, que será uno que esté cerca del sol, no demasiado, ni tampoco demasiado lejos. Quizá el tercero o el cuarto.

—¡Qué estupendo!

Y contempló aquellos puntos brillantes, intentando prever su forma, su contenido... y un futuro que se le antojaba espléndido.

Se separó del aparato y pasó sus brazos-ideativos por el rostro de Tac.

—¡Cuánto te quiero, amigo mío! Sirvan estas caricias para demostrarte todo el agradecimiento que debe tener por ti el pueblo kuniano.

El ojo frontal del sabio parpadeó. La presencia de Huk impidió que, en aquella ocasión, se decidiese a decir a Sam-La lo que

experimentaba por ella. Las caricias de la joven le turbaban hasta límites que jamás hubiese pensado.

Pero ella se alejó, colocándose junto a su padre.

—¿Sabes lo que estábamos hablando con las amigas, papá?

—No, hija.

El ojo de la joven se entornó; luego, pasándose las palmas terminales de sus brazos-ideativos por las sienes, añadió:

—¡Soñábamos! —exclamó—. Soñábamos en la existencia de seres bellos en los mundos que vamos a visitar.

Sin poderlo evitar Tac se estremeció.

—¿Qué quieres decir, pequeña? —inquirió Huk.

—¡Queremos enamorarnos, papá! Enamorarnos de los hermosos habitantes de esa galaxia. Después de todo, quizá sea una maravillosa suerte para todos; porque, ¿de qué mejor manera se puede demostrar la amistad hacia otras criaturas?

Huk sonrió.

—¡Qué cosas más peregrinas se te ocurren! —¿Por qué?

—No sabría decírtelo, pequeña. Yo también me alegraría de que hallásemos alguien semejante a nosotros en estos mundos hacia los que nos acercamos. En el fondo tu idea no es tan descabellada como parece: las formas vitales no han de ser en el universo diametralmente opuestas, sino seguir un plan lógico de homogeneidad. Pero, no obstante, las formas vitales y mentales pueden ser tan variadísimas como sorprendentes.

—Eso es lo más razonable —apuntó Tac.

Pero ella, moviendo negativamente la cabeza, dijo:

—¿Qué sabéis vosotros? Conjeturas, hipótesis, teorías… ¡Nada cierto!

—Eso es verdad —concedió Huk.

—¡Claro que es verdad! Verás cómo encontramos seres amigos, amables y civilizados como los kunianos. ; Serán tan hermosos como nuestros más apuestos varones! Y con ellos formaremos una nueva raza, más fuerte y bella, más inteligente y capaz… ¡La raza que el cosmos está esperando para rendirse decididamente a ella!

—Hablas, hija mía, como un kuniano de hace cien siglos. Entonces los sabios, a pesar de los adelantos conseguidos, seguían pensando en que nuestro Sistema era el centro del mundo, el más importante, el único que merecía existir; más tarde, tuvieron que

rendirse a la evidencia y razonar más lógicamente.

»No, pequeña, no. Debe de haber muchas formas inferiores a la nuestra esparcidas por el espacio; pero también podemos llevarnos la sorpresa de hallar seres más inteligentes que nosotros, que no tengan la misma forma ni la misma esencia. A nosotros nos pueden parecer monstruosos y, sin embargo, para ellos ser los más hermosos del universo.

—¡Eso no puede ser! —Protestó ella con vehemencia—. ¡La belleza y la inteligencia, la bondad y la sabiduría, son inseparables! ¡No pueden concebirse separadas!

—Me parece oír la voz del pasado —dijo Huk—. Por eso —agregó mirando a Tac, que estaba tremendamente serio— dije antes que me sentía horriblemente cansado. Los jóvenes, a pesar de las experiencias que les hemos transmitido, cometerán los mismos errores que nosotros sufrimos en nuestra juventud.

Pero Sam-La no le escuchaba.

Pasándose los brazos-ideativos por las sienes dejaba a su imaginación caminar por derroteros que aquellos dos hombres no hubiesen concebido jamás.

CAPITULO II

Después de dejar a la totalidad de las espacionaves en la órbita del último planeta de aquel Sistema (los kunianos ignoraban que se trataba de Plutón), la astronave dirigida por Tac hendió la pobre atmósfera de aquel mundo, posándose al pie de una alta montaña helada.

Desde el interior de la nave del espacio, lanzaron una primera mirada sobre aquella tierra helada sumida en una oscuridad tenebrosa.

—Tendré que salir —dijo Tac—. Nos interesa conseguir algunos detalles para ir precisando y estudiando las dificultades que más tarde tendremos que salvar, al establecernos en algún planeta más cercano al sol.

—Yo también te acompaño —dijo Huk.

Tac no podía convencer al anciano y sabía que el jefe de los kunianos deseaba enterarse, por sí mismo, de la composición de aquellos mundos tan lejanos del que habían abandonado.

Una vez abrigados en los trajes espaciales y colocadas las escafandras transparentes, salieron por una de las puertas dejándose caer blandamente en el suelo, desde lo alto de la colosal espacionave, seguidos por un grupo de servidores y sabios que formaban la expedición. Sam-La, en compañía de sus amigas, miraba ávidamente aquel mundo, contemplando con envidia a los que ya se alejaban hacia la montaña, junto a la que se había posado el navío del espacio.

Los expedicionarios avanzaban lentamente.

Con los aparatos especiales que empuñaban sus brazos motores, los kunianos iban tomando muestras del terreno, que luego analizarían los cerebros electrónicos de la astronave. Al lado de Tac, Huk miraba con curiosidad en derredor suyo.

—¿Qué te parece? —inquirió sirviéndose del tele comunicador.

—Es un mundo helado. Pasarán muchos milenios antes de que sea habitable.

—Sin embargo, el calor interno es grande —intervino uno de ellos.

—Eso demuestra que es un planeta que aún ha de nacer. Cuando el sol vaya aumentando de tamaño, como forzosamente ha de

hacerlo, absorberá los planetas próximos y todos estos mundos lejanos empezarán a vivir, porque la luz del sol llegará a ellos con una potencia inusitada.

—Entonces —inquirió uno de los acompañantes—, ¿no encontraremos vida aquí?

—Es lo más probable.

Fue en aquel momento cuando, como si aquel mundo desease contrariar la hipótesis de Tac, una especie de criatura blanca que andaba ora sobre sus cuatro extremidades, ora sobre dos, se detuvo ante ellos, observándoles con una curiosidad primitiva.

Se quedaron quietos, sin saber qué hacer. Luego, Tac, el más sereno de todos, enfocó su cámara televisora hacia allí, tomando las primeras impresiones de aquel ser.

No era muy alto, pero la forma de la mandíbula dotada de agudos dientes, demostraba su calidad de carnívoro.

—¡Cuidado! —rugió uno de ellos.

En efecto, el ser blancuzco —que como vieron después no lo era del todo— se había lanzado hacia Huk, que estaba destacado de los demás, y con las garras fuera se disponía a destrozarlo allí mismo.

Tho, el jefe de la guardia de la expedición, disparó la pistola paralizante y el animal, herido en plena carrera, se detuvo; pero sólo unos instantes, como atontado, volviéndose para lanzarse al jefe de los kunianos con una ferocidad duplicada.

Sin dudarlo, y dándose cuenta de que los proyectiles tetanizantes no eran lo eficientes que pensaban todos, Tac lanzó su pesada cámara contra el animal que cayó con la cabeza destrozada.

Luego se acercó a Huk.

—¿Ha sufrido algún daño, señor?

—No, gracias, Tac.

Y después de una pausa, cuando se había acercado para contemplar el curioso ejemplar, añadió:

—¿Cómo es que nuestras armas paralizantes no han servido para detener a esa criatura?

—Porque son formas nuevas de vida. Nosotros los kunianos somos una raza tremendamente vieja y nuestra vitalidad no puede compararse con la de estos seres. Creo, señor, que tendremos que volver a fabricar las antiguas armas si queremos defendernos con eficacia.

—Así lo haremos.

Tac le puso una mano en uno de los brazos-motores:

—¿No os parece que lo mejor sería regresar a la nave señor? Si hay otras criaturas como ésta, no pomos hacerles frente.

—Creo que tienes razón.

Y se volvió de espaldas al animal blanco, disponiéndose todos a alejarse de allí. Nadie se dio cuenta.

La cabeza de la criatura blanca, casi totalmente destrozada momentos antes, *se había recompuesto por completo,* desapareciendo las heridas profundas que le había causado la cámara televisora de Tac.

Entonces, antes de lo que tarda en contarse, el ser de Plutón saltó, describiendo una parábola fantástica, para acabar cayendo sobre las espaldas de Huk, al que acababa de reconocer como su anterior presa.

Merced a las garras de que estaba dotado, sus cuatro extremidades se afianzaron al cuello y cabeza dé viejo kuniano, aplastando y desgarrando el tenue material de que estaba compuesta la campánula transparente que le protegía.

Un agudo grito de dolor brotó de la garganta de Huk.

El frío de Plutón penetró en la abierta escafandra hiriendo su piel como un centenar de cuchillos; pero además, las garras de aquella extraña criatura blanca se encargaban, por su parte, de abrir surcos profundos en la piel del kuniano, al que empezó a devorar casi en seguida.

Paralizados por el terror, los miembros de la expedición dieron un paso hacia su jefe después de uno minutos; pero en aquel momento la voz de Tac llego hasta sus oídos:

—Todos a la astronave. ¡Aprisa!

Le miraron como si no diesen crédito a sus oídos pero al levantar la cabeza y ver que Tac corría empuñando la pistola paralizante, emprendieron la marcha con la urgente necesidad de obedecer.

Medio centenar de aquellas furiosas bestias blanca se lanzaban hacia ellos. Cuando la que mató a Huk abrió la carne de éste, el olor de sangre —tan extraño en aquel planeta como la luz del sol— había atraído a sus congéneres, que venían dispuestos a tomar parte en el banquete.

Pero al ver que las presas eran numerosas sus instintos de rapiña

desaparecieron, siendo sustituidos por los de caza. Y se lanzaron, describiendo aquellas formidables parábolas, como acróbatas, para terminar cayendo sobre las espaldas de los aterrorizados kunianos.

La suerte para Tac fue el haber cogido una pequeña ventaja sobre los miembros de la expedición. Desde el preciso instante en que vio lo ocurrido comprendió que nada podían hacer con las armas que llevaban.

Quizá, en el fondo, la falta de hábito para la lucha jugase un importante papel en su conducta. Hacía miles y miles de años que los kunianos no conocían el combate, y hacia también milenios que no fabricaban armas ofensivas. Las que poseían estaban destinadas solamente a los astronautas.

Tac corrió cuanto pudo, cubriendo la distancia que le separaba de la astronave en el menor tiempo posible. Sabía que todo, incluso el éxito de la emigración que acababa de empezar, dependía de su presencia y de sus consejos técnicos.

Pero además, por encima de las consideraciones de upo racial, Tac sentía, como nunca lo había experimentado, un terror que rayaba en el pánico.

Justamente la bestia blanca que le perseguía iba disminuyendo la distancia, buscando el justo espacio que necesitaba para lanzarse en parábola...

Por último, al verse ya junto a la espacionave, en cuya plataforma externa habían aparecido unos cuantos kunianos, armados de poderosos rifles paralizadores, gritó:

—¡Disparad! ¡Disparad!

Aquello le salvó.

La descarga de todas las armas a la vez atontó a la criatura, que cayó desvanecida.

Tac llegó casi sin respiración. Luego, volviéndose y señalando al plutoniano, dijo:

—Cogedle y encerradle en la cámara de investigación, antes de que vuelva en sí.

Momentos más tarde la espacionave surcaba el espacio.

Tac, después de quitarse el traje espacial, tomó una buena dosis de bioenergético. Lo necesitaba.

Así, cuando Sam-La irrumpió en su cámara con su ojo desorbitado, pudo escuchar las primeras frases duras que le dirigió

la muchacha.

—¿Por qué los has abandonado? ¿Y mi padre? ¿Por qué has ordenado el despegue?

—El gran Huk ha muerto. Tú le sucedes, Sam-La; si deseas castigarme, por una falta que no he cometido, puedes hacerlo.

Con la mirada de su ojo frontal fija en el suelo de la estancia, Tac relató la horrorosa aventura que acababa de sucederle. Ella le escuchó en silencio.

—Eso es todo, Sam-La.

Ella cerró, convulsivamente, las manos de sus brazos motores.

—¡Hay que acabar con este estado de cosas! ¡Volveremos a fabricar armas poderosas que den la muerte!

El kuniano no dijo nada; pero una especie de triste sonrisa entreabrió sus labios.

—¡Voy a reunir al consejo! Comunica a los ancianos de las otras espacionaves que se concentren en sus respectivas salas. Haremos la reunión por televisión.

—Será la primera vez, Sam-La. ¿No puedes esperar a que nos posemos en el próximo planeta?

—¡No!

Tac se inclinó ligeramente; luego, sin decir nada más, salió de la estancia dirigiéndose a la sala de comunicaciones, donde escribió el mensaje dirigido a los ancianos.

Más tarde se reunió Sam-La, en la sala, con los ancianos de su espacionave y con Tac. —¿Has avisado a todos?

-Sí.

Junto al cuadro de mandos, oprimió un botón. Y una descomunal pantalla de televisión se iluminó, dividida en muchas partes en las que aparecían cada una de las astronaves. Cuando una de ellas hablaba se ampliaba en el centro.

Sam-La se irguió sobre su asiento.

—Todos sabéis —empezó a decir— que Huk, el gran Huk como todos le llamabais, ha muerto. Quiso, cumpliendo con su deber, formar parte de las vanguardias que exploraban este nuevo Sistema.

»¿Es eso prueba de que la mala suerte empieza a aparecer como respuesta a nuestra audacia? No. Sencillamente, lo que ha ocurrido es que los kunianos habíamos olvidado el pasado. Y como acabamos de ver, no conviene olvidarlo.

«Arrastrados por nuestros avances en materia de civilización y hermandad, hemos llegado a creer que la violencia no existía en el cosmos. ¡Y hemos emprendido la más audaz aventura de nuestra historia... armados con fusiles y pistolas tetanizantes!

»Si no fuese porque mi dolor, el dolor de todos nosotros por lo ocurrido lo impide, la cosa llegaría a ser cómica.

»Yo sé que vosotros, sus forjadores, habéis basado nuestra civilización en la paz y la concordia. Pero ante estos acontecimientos hemos de olvidar, hasta que hayamos podido establecernos en un mundo a nuestra medida, muchas de las cosas en las que hemos creído demasiado.

»Urge, amigos míos, la fabricación de armas potentes, que nos permitan avanzar en este Sistema sin tener que sufrir el acoso de criaturas que viven en épocas primitivas y que nos atacarán sin remedio.

»Eso es todo.

Las pantallas parciales asintieron al unísono:

—¡Vamos a deliberar, Sam-La! Dentro de una hora tendrás la respuesta.

La muchacha bajó de su asiento y se acercó a Tac.

—Perdona lo que te dije, amigo mío...

—No tiene importancia, Sam-La. Comprendo perfectamente tu dolor. Hice cuanto pude por salvar a Huk; pero nuestras armas no sirvieron para nada.

—¿No capturasteis a una de esas extrañas criaturas? Quiero verla.

En el laboratorio, Rhi y Lew, los dos biólogos, examinaban a la criatura blancuzca, encerrada detrás de una gruesa pared de plástico.

—Tiene un cierto aspecto humano.

Lew se acercó a ellos.

—En efecto, Sam-La, es un humanoide. Primitivo, de talla mediana y fuerte prognatismo. Tac lo miraba en silencio.

—No me equivocaba al pensar que ese mundo estaba preparando lentamente su nacimiento. Sam-La miró a la criatura con curiosidad.

—¿Es posible que eso... pueda llegar a ser como nosotros? —Es posible.

—¿Pero no ves que no tiene más que dos brazos?

—Naturalmente: son los brazos-motores. Los ideativos aparecerán más tarde, en fases más avanzadas de evolución. Estoy seguro de que si encontramos seres inteligentes tendrán brazos-ideativos, como nosotros.

—¿Y los ojos? ¿No te has fijado que esa horrible criatura tiene dos?

—También es prueba de su inferioridad. Necesita dos ojos para darse cuenta del relieve de las cosas. Nosotros lo hemos logrado, al fundir las funciones óptica e imaginativa.

Lew se acercó a ellos.

—Según me han informado, Tac, tú mataste a uno de estos seres con la cámara tomavistas.

—Es verdad. Por eso cogí éste. Estoy seguro de que la cabeza del otro estaba completamente aplastada. La confianza en que había muerto nos hizo volver la espalda. Fue entonces cuando atacó a Huk…

—¿Quieres que probemos esa extraordinaria particularidad con éste?

—Sí.

—Lanzaremos un peso sobre su cabeza. Veremos lo que ocurre.

Sam-La se aproximó a la pared de plástico. Una emoción la embargaba.

De repente se desprendió un enorme peso preparado a tal efecto, cayendo sobre la criatura que se desplomó como herida por un rayo.

—¡Sale sangre! —exclamó la muchacha.

—Eso quiere decir que estos seres no están tan alejados de nosotros como podíamos pensar. Deben poseer una constitución análoga a la nuestra.

—¡Fíjate, Tac!

Este miró al plutoniano.

El espectáculo era ciertamente fascinador.

Las contusiones de la cabeza iban desapareciendo rápidamente y, al cabo de unos minutos, la anatomía se había recuperado. No tardando en levantarse el plutoniano.

—¿Cómo explicar eso? —inquirió la muchacha.

Lew, que estaba junto a ella, repuso:

—Son elementales —dijo—; tan elementales que poseen el poder de regenerar las partes mutiladas. A medida que vayan

evolucionando y complicándose, se harán como nosotros, sensibles a las mutilaciones y a las heridas.

Tac se volvió de espaldas.

—Podéis matarlo —dijo— y estudiar su estructura. Debemos ir conociendo la biología de los habitantes del Sistema.

CAPITULO III

Sam-La se paseaba impaciente por el salón, lanzando ansiosas miradas a la monumental pantalla del revisor.

Tac, no lejos de ella, estaba sentado y meditaba. Ella se detuvo ante él.

—¿Qué crees que pasará, amigo mío?

—No lo sé. Los ancianos tienen mucha más experiencia que nosotros. Todos ellos frisan el milenio.

—¡Me comen los nervios!

—Domínate, Sam-La. Pase lo que pase, tendrás que obedecer lo que ellos digan.

—Ya lo sé. ¡Pero no quisiera que, llevados por su amor a la paz, nos nieguen el fabricar las armas necesarias para defendernos! ¡Nuevos peligros nos acosarán, de eso estoy completamente segura!

La pantalla se iluminó en aquel momento.

Apareció en ella la faz de uno de los ancianos, Sho, el presidente.

—Ya hemos meditado, Sam-La.

—¿Cuál es vuestra opinión?

—La siguiente: En vista de los acontecimientos... autorizamos la fabricación de armas mortíferas.

La muchacha sonrió, dichosa.

—Pero —prosiguió diciendo el kuniano— en cantidad limitada y nunca mayor de diez. Cuando no se necesiten, serán encerradas, bajo llave, en la astronave principal. La llave estará en poder del Consejo, que la entregará cuando se demuestre su necesidad.

»Por otra parte, desautorizamos el aterrizaje en otros planetas, consintiendo uno sólo antes de posarnos definitivamente en el que elijamos para establecernos. Eso es todo, Sam-La.

La imagen se borró inmediatamente.

Durante unos minutos, Sam-La permaneció en silencio.

—¿Qué te parece, Tac?

—Esperaba algo semejante.

—¡Es absurdo! ¿Por qué esos temores ridículos a fabricar armas?

—Es natural. Las armas modifican la sicología de los seres que las manejan. Los vuelven primitivos, crueles y les hacen olvidar que son como los demás. Se tornan autoritarios, caprichosos, engreídos. Hasta que, apoyados por la potencia que se les ha confiado, llegan a

ser ambiciosos. Entonces se produce lo peor, porque se consideran capaces de apoderarse del poder.

Ella le había escuchado atentamente.

—Todo eso está bien, Tac; pero no me vas a decir que puede ocurrir tal monstruosidad en los kunianos. Somos una raza demasiado evolucionada para que volvamos a caer en las debilidades de un lejano pasado.

—Es más fácil retroceder que avanzar —sentenció Tac.

La llegada de uno de los pilotos les interrumpió.

—Nos hemos acercado a un nuevo planeta, señor —dijo a Tac.

—¿Han estudiado sus características?

—Sí. Este, como los que le siguen, está muy alejado del sol de su Sistema. Sus suelos deben ofrecer el mismo aspecto que el que visitamos. Hay uno que posee un bello anillo, formado por millones de minúsculos satélites; algo así como polvo cósmico, que ha debido de resultar de la explosión de algún satélite importante.

Tac miró a Sam-La.

—¿Qué hacemos?

—Lo que tú quieras. Ya has oído las órdenes del Consejo.

—¿Qué hay detrás de estos tres planetas?

—Uno enorme, gigantesco, desde el que puede estudiarse el resto del Sistema —informó el piloto.

—Aterrizaremos en él. Desde su superficie podremos escoger uno de los otros.

—Está bien, señor.

—¿Cuándo llegaremos?

—Dentro de unas seis horas.

Voy a ordenar la pronta fabricación de las armas y armaremos una patrulla de diez que será la única autorizada para desembarcar.

El piloto salió y Sam-La se acercó a Tac.

—Yo iré con ellos.

—¿Con quién?

—Con los que salgan a la superficie de ese planeta.

—Lo considero una locura, Sam-La.

—Es una orden.

—Está bien. Yo también iré contigo.

—Te lo agradezco.

* * *

Las espacionaves, en correcta formación, giraron alrededor de Júpiter, manteniéndose en una órbita preestablecida, mientras los cerebros electrónicos realizaban los cálculos necesarios para preparar el aterrizaje general.

En la cabina de mando, Tac preparaba todo.

No lejos de él, Sam-La observaba la masa enorme del planeta, que giraba vertiginosamente. Las nubes —rojas a veces, pardas otras — le impedían ver la superficie de aquel mundo que, por las dimensiones, le parecía el más colosal de cuantos había estudiado.

—Podemos descender en cuanto lo ordenes.

—¿No hay peligro?

—No. Al principio, la fuerza de atracción me parecía ciertamente colosal; pero, al parecer, es mucho menor de lo que temíamos.

—¿Por qué?

—Porque es poco denso. Su interior debe de estar formado por cuerpos en estado gaseoso. Eso nos permitirá poder reconocer el planeta.

—¿Nos quedaríamos si nos conviniese?

—No nos convendrá. Está demasiado lejos del sol.

El piloto les interrumpió:

—Ya está todo dispuesto, señor.

—Dé la orden, entonces.

Una a una, empezando por la principal, las espacio-naves se lanzaron hacia abajo, atravesando las nubes. En cuanto las hubieron dejado atrás, desde su privilegiado observatorio Sam-La y Tac contemplaron aquellas salvajes montañas, aquellos densos bosques, formados por plantas gigantescas, semejantes en todo a desmesurados helechos.

—¡Aquí hay vida! —exclamó la muchacha entusiasmada.

—Sí, pero por lo que veo vida elemental, aunque más avanzada que la del otro planeta.

Las espacionaves sobrevolaban grandes extensiones de terreno idéntico al que habían visto al principio. Finalmente, las montañas parecieron perder altura, resolviéndose en ondulantes colinas. Por todas partes, la vegetación era idéntica, hasta cerca de los nevados picos.

—Es raro —dijo Tac.

—¿El qué?

—Este dominio de lo vegetal. Se volvió hacia el piloto.

—Efectúe el aterrizaje en el primer calvero que descubra. Ha de ser lo bastante grande para todas las naves.

Apareció al fin una especie de isla grisácea en la que no había vegetación, y empezaron el descenso seguidos por toda la flota kuniana.

Media hora más tarde, siguiendo las instrucciones de Tac, todas las espacionaves formaban un círculo cerrado en cuyo centro geométrico se hallaba la principal.

Permanecieron largo tiempo en observación grabando todos los detalles, mientras que las «pinzas exploradoras» —especie de dragas que salían de las espacionaves por el costado— tomaban porciones de materia del suelo y que, automáticamente, eran analizadas por un mecanismo interior.

Tac abandonó el observatorio y descendió por uno de los ascensores hasta los laboratorios, esperando allí que los especialistas fueran dándole las conclusiones obtenidas en los analizadores electrónicos.

—La atmósfera no es completamente normal —dijo uno de ellos —. Hay presencia de gas metano en cierta cantidad. Tendrán que utilizar las escafandras, señor.

—Muy bien. ¿Qué más?

—El suelo está compuesto de arcilla y sílice. No ofrece ninguna anormalidad, aunque en esta parte no parece apto para la vida.

—Ya obtendremos muestras de los bosques de helechos. No obstante, es curioso que la vegetación se detenga tan bruscamente a orillas de esta especie de desierto. ¿Han calculado sus dimensiones?

—Sí. Tiene seis kilómetros de largo por dos de ancho.

—Perfectamente.

Salió, dirigiéndose directamente a la parte superior de la espacionave, al observatorio astronómico.

—Deseo —dijo al jefe astrónomo— que se hagan rápidas observaciones de los planetas interiores. No vamos a permanecer aquí mucho tiempo.

—Está bien, señor. Prepararemos el informe lo antes posible. Me comunicaré con las demás naves para trabajar al unísono.

Sam-La le esperaba en el salón central.

Dejó que él le informase de todas las medidas adoptadas; después preguntó:

—¿Cuándo salimos, Tac?

El hizo un gesto de contrariedad.

—¿Sigues empeñada en salir, Sam-La?

—Sí.

—Está bien. Voy a disponer el equipo y rogar al Consejo que nos entregue las armas que hemos fabricado.

—¿Qué clase de armas se han hecho? —Fusiles desintegradores, capaces de disolver doscientos kilos de materia.

—Es decir, que con las diez armas podemos atacar a una criatura que pese dos mil kilos.

—Eso es, Sam-La. Aunque, en realidad, si disparas contra la cabeza, con un solo fusil tendrás suficiente.

—De acuerdo. Voy a ponerme el traje espacial.

Minutos más tarde, Tac, con los ocho miembros de la expedición, esperaba a Sam-La junto a la compuerta principal.

Esta se presentó en seguida.

Instantes después grandes orificios ponían en comunicación la estancia principal con el medio ambiente de Júpiter. El gas metano penetró silbando por ellos, hasta establecer la presión externa sobre los kunianos.

Luego se abrió la puerta.

Una rampa emergió de la parte baja de la espacio-nave, deslizándose hasta llegar al suelo.

A un gesto de Tac, que iba en cabeza, salieron todos.

Miles de ojos frontales seguían sus movimientos desde las espacionaves. Ellos, apretando el paso, salieron del círculo, recorriendo el terreno fuera del campamento que habían establecido.

Los movimientos de los expedicionarios se veían retrasados por la fuerza gravitatoria que, aunque no tan grande como hacía pensar la dimensión de aquel astro, era superior a lo que ellos estaban acostumbrados.

Después de una caminata bastante fatigosa, llegaron al lindero del inmenso bosque, que parecía reinar sobre las tres cuartas partes de Júpiter. Las plantas, de tipo primitivo y de color parduzco que

debido a la reflexión de la luz desde las astronaves habían parecido verdes, eran altas, densas de follaje y gruesas de tronco.

—No son como las que nosotros conocemos —dijo Tac, por el telecomunicador—. El metano les impide fabricar clorofila.

—¿Cómo viven entonces?

—Deben de poseer un metabolismo anaerobio, como el de ciertas bacterias.

—¡ Son verdaderamente gigantescas!

—Sí. Eso demuestra que deben de ser los únicos seres vivos de este mundo. Contra lo que yo pensaba, después de la visita al primero de los planetas, la vida no lleva aquí un sentido evolutivo completo. Si así fuera, hubiésemos encontrado aquí una botánica más avanzada y hasta seres con cierto desarrollo e inteligencia. Pero esta forma de vida que tenemos ante nosotros es elemental y negativa.

—¿No será por el metano que contiene su atmósfera?

—Es casi la única solución a nuestras preguntas. Este planeta está condenado a orientar sus formas de vida de manera muy distinta a las que parecen regir los otros mundos. Si, como es de esperar, se desarrollase aquí una verdadera evolución, con un Final inteligente, jamás aparecerían seres semejantes a nosotros...

Sam-La, que se había adelantado, los llamó con urgencia.

Acudieron todos.

—Fijaos —dijo la muchacha—. ¿Qué es esto?

Una gran extensión de plantas estaba destrozada. Pero lo verdaderamente curioso es que parecía haber sido *comida* por alguien.

Aquélla fue la conclusión a la que llegó Tac mentalmente.

—Es formidable —dijo—. Aparentemente, parece un mordisco gigantesco...

—Es imposible —dijo Sam-La—. ¿Puedes imaginarte a *alguien* capaz de destrozar, de un mordisco, cerca de cien metros cuadrados de plantas?

Tac guardó silencio.

—Además —insistió la joven—, si tal cosa fuera cierta, se verían sus huellas. Porque, indudablemente, debía haber caminado, destrozando grandes espacios con sus pisadas.

—Eso es cierto —admitió el kuniano.

Examinaron detenidamente aquel descomunal destrozo y uno de ellos, después de reflexionar, sugirió:

—Debe de ser el producto de una corrosión fenomenal producida por el aire cargado de gases activos.

—¿Una corrosión tan limitada? —inquirió Tac, con un tono de franca incredulidad en la voz.

—Eso es lo que me extraña más —dijo Sam-La.

Pero otro expedicionario que examinaba detenidamente una de las plantas destrozadas, les llamó la atención.

—Mirad esto —dijo.

Un líquido viscoso pendía de una de las enormes hojas pardas casi totalmente arrancada de cuajo.

—Parece baba —dijo Tac.

—Podemos saberlo en seguida.

Y ordenó a uno de ellos que tomase una cierta cantidad y volviese a la espacionave para el análisis.

—Comunícanos el resultado desde allí —dijo—. No hace falta que regreses.

Ellos continuaron la exploración, encontrando un poco más allá otras áreas iguales.

—¿Estás seguro de que se trata de baba? —le preguntó Sam-La a Tac.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque podría ser la savia de estas mismas plantas.

—Eso lo vamos a ver en seguida.

Se acercó a una de las plantas y, después de haber desenfundado su cuchillo eléctrico, cortó por la mitad una de las hojas enteras.

Un aullido estremecedor le hizo retroceder vivamente.

Sin embargo, la sustancia que brotó de la hoja no tenía semejanza alguna con la baba que se habían llevado para analizar. Lo que caía de la herida que había abierto Tac era algo marrón, espeso. Pero ninguno de los expedicionarios examinó aquel líquido.

El alarido les había hecho retroceder vivamente, disponiendo sus fusiles desintegradores y mirándose los unos a los otros, con el espanto reflejado en el rostro.

Casi de inmediato, las grandes hojas de todas las plantas vecinas empezaron a moverse bruscamente, *exhalando gritos ininteligibles,* que poseían un tono de indudable protesta colérica.

Una de las hojas, que se balanceaba tremendamente, acertó a golpear a uno de los expedicionarios, que cayó al suelo con el cuerpo terriblemente mutilado.

—¡Huyamos! —rugió Tac.

Y al hacerlo, empezó a disparar contra las planta que se oponían a su paso; los fusiles desintegradores llenaron el aire de sus estampidos horrísonos.

Abriéndose paso, los expedicionarios no dejaron de disparar. Y a cada disparo las plantas heridas lanzaban gritos espeluznantes, moviendo frenéticamente las ramas sus compañeras como si deseasen, en su tremenda inmovilidad vegetal destrozar a los que tan cruelmente se ensañaban con ellas.

Al llegar a la linde de aquel fantástico bosque, Ta y sus compañeros se detuvieron, respirando con dificultad, ya que sus movimientos eran más costosos por la mayor gravitación de Júpiter.

Sam-La se había dado cuenta de que el kuniano que había caído estaba muerto y que nada se podía hace por él. Por eso no dijo nada.

—¡Son seres inteligentes! —exclamó Tac, aún sobrecogido por el terror pasado.

—Todavía tiemblo de esos aullidos horribles —dijo la muchacha.

—Hay que abandonar inmediatamente este planeta —dijo el otro —. No sé si tendremos suerte en este Sistema. Me pesa el haber dirigido al pueblo kuniano hacia aquí.

—No seas tan pesimista —dijo la muchacha—. Estos mundos están alejados del sol, y es natural que las formas de vida sean en ellos primitivas y extrañas.

—¡Ojalá no te equivoques, Sam-La!

CAPITULO IV

Estaban aún bastante lejos de las astronaves cuando el intercomunicador de Tac sonó en su oído.

Pulsando la palanca, el joven kuniano se puso en comunicación con la principal.

—¿Les ha ocurrido algo? Hasta aquí han llegado las vibraciones de los fusiles desintegradores.

—Sí. Hemos perdido a Kak, uno de los nuestros.

—¿Hay enemigos a la vista? ¿He de dar la alarma, quizá?

—No, no es necesario. Se trata de las plantas que hemos visto. Cubrían la casi totalidad de la superficie del planeta. No pueden moverse y no nos perseguirán.

—Perfectamente. El Consejo se ha reunido y me alegro poder comunicarles que, fuera de la desgracia acontecida a Kak, no ha ocurrido nada a la joven Sam-La.

—No. Está perfectamente.

Hubo una corta pausa.

—Hemos analizado la sustancia que nos trajo Tho.

—¿Y bien?

—Se trata de la secreción de las glándulas de un ser vivo; algo semejante a la saliva kuniana, pero de distinta composición.

—Me lo imaginaba. Creo que lo mejor será abandonar este planeta cuanto antes. ¿Qué se sabe de los otros mundos interiores?

—Parecen muy buenos. Sobre todo, el tercero o el cuarto. El Consejo está deliberando con los datos que los astrónomos les han proporcionado, sobre cuál será definitivamente el elegido.

—Muy bien. Vamos hacia allá.

Se volvió hacia Sam-La, a la que explicó lo que acababa de oír, ya que era el único que poseía intercomunicador.

Ella asintió con la cabeza.

—Tienes razón, Tac. Abandonemos este horrible mundo, lleno de monstruosidades.

¡ Si supieras cuánto deseo estar ya en un planeta donde nos establezcamos para siempre!

Tac no dijo nada, limitándose a hacer un gesto afirmativo con la cabeza y empezar a andar delante del grupo, camino a las espacionaves.

Pensaba.

Hacía muchísimo tiempo que pensaba. Mucho tiempo, desde que había estudiado los principios generales del Cosmos. Lo había leído en libros antiguos, que no habían sido pasados a las cintas magnetofónicas de los tiempos modernos, barridos por la censura que el Consejo había hecho extensiva a todo lo antiguo.

¿Por qué?

¿Cuántas veces se había preguntado aquello?

Los libros hablaban del curso de las civilizaciones, marcando un FINAL, que nada ni nadie podía salvar.

«Cuando —decía uno de aquellos libros— el Sistema donde ha nacido una raza llega al *final,* nada puede hacerse sino aceptarlo como algo superior a nosotros. La desaparición de los elementos que sirven de alimentación y sustento a una raza, marca el final de los tiempos. Escapar a ello sería tan inútil como querer huir de la muerte...»

Entonces, ¿por qué los kunianos deseaban huir de su planeta, con sus dos soles que se extinguían, como una muestra de aquel insondable misterio del destino de la raza?

«Puede ocurrir —decía el mismo libro— que la soberbia de una raza se rebele contra el final. Gracias a medios técnicos, la raza querrá escapar al *final de los tiempos;* pero de nada servirá. Porque, al huir del tiempo que termina, abocará fatalmente al *final del espació.* Y todas las puertas cósmicas se le cerrarán, porque nada ni nadie puede escapar al *final,* que es su destino.»!

¿Sería completamente inútil aquella gigantesca expedición?

¿No hallarían jamás un mundo donde la raza kuniana pudiese empezar de nuevo?

Y Tac, el hombre que se había atrevido a leer aquellos libros y que los conservaba escondidos, se estremeció al imaginar la inutilidad de todos los esfuerzos que su raza realizaba para escapar al *final de los tiempos.*

Por otra parte, ¿qué significaba exactamente *el final del espacio?*

No se le escapaba que aquella expresión estaba escrita en sentido figurado. El espacio *era finito,* pero *ilimitado;* nunca se podría llegar a su final, *porque el espacio no tenia fin* (1).

(1)Las teorías kunianas sobre el espacio y el tiempo coinciden con las de Einstein. El espacio, según el ilustre sabio, no es infinito. Su curvatura,

demostrada matemáticamente, lo limita; pero, al mismo tiempo, esa curvatura le da una calidad de ilimitado, ya que jamás podremos llegar a su final. Como muchos conceptos einsteinianos, éste no puede comprenderse más que dentro del más riguroso lenguaje matemático.

* * *

Suspiró profundamente.

Las espacionaves estaban ya a la vista y, sin poder evitarlo, se sintió emocionado al verlas. Allí estaba la raza, con toda su magnífica presencia, todo su entusiasmo, todo su deseo de escapar, de volver a empezar, de *ser*...

Le parecía sencillamente horroroso que una raza tuviera que extinguirse, después de cientos de milenios de esfuerzos, tras haber realizado la más maravillosa aventura, desde los tiempos en que los kunianos no eran más que seres semisalvajes, con un cuerpo cubierto de pieles, luchando por descubrir el fuego o por saber emplear las manos... hasta conseguir la estupenda civilización que había hecho posible aquella huida.

Se mordió los labios, odiando en aquel momento los libros que había leído y que tanto habían influido en su manera de ser. Nunca osó decir a los demás la verdad oculta en aquellas páginas, ya amarillentas. Además se le hubiera tomado por loco... o por algo peor.

—¿Qué te ocurre, Tac?

El se volvió, sorprendido, ante la voz de ella. Se percató de que Sam-La había anudado uno de sus brazos-ideativos a uno de los suyos, percatándose así de su estado deprimente de espíritu.

Estuvo él tentado —¡otra vez! — de decirle todo lo que la amaba; pero, como siempre, la singular barrera que los separaba le frenó por completo.

«Se reirá de mí —pensó— de una manera tan ruidosa que jamás podré presentarme ante ella.»

Y no dijo nada.

Fue en aquel momento, al gozar de la dulce presión establecida entre los dos brazos-ideativos, cuando el suelo vibró por primera vez. En realidad fue algo tan pequeño, que ninguno de ellos notó casi nada.

Pero tres segundos después la vibración se desencadenó con toda su fuerza y los expedicionarios cayeron al suelo, al tiempo que una especie de rugido les ensordecía.

Tac fue el primero en ponerse en pie.

Ayudó a hacerlo a Sam-La y le señaló, con el brazo-motor extendido y tembloroso, el tremendo oleaje que sacudía las espacionaves. Parecía como si la onda de aquel espantoso cataclismo corriese de una extremidad a otra del desierto donde habían aterrizado.

—¡Cuidado! ¡Tírense al suelo!

Tuvieron apenas el tiempo justo de hacerlo.

* * *

Otra vez vibró el suelo y les hizo rodar como pelotas de un lado a otro.

—¡Corramos hacia las astronaves! —gritó furiosamente Tac.

Algunas, muy pocas, habían logrado despegar; pero el resto, sacudidas por aquella especie de mar embravecido, habían caído de costado y sus tripulantes, poniendo en marcha los motores atómicos, intentaban separarse de la traidora tierra que temblaba.

—¡Al suelo!

Otra vez obedecieron las órdenes de Tac que, a pesar de todo, era el que se mantenía más sereno.

Vio que la astronave principal, que había conseguido despegar suavemente, se mantenía a unos diez metros de altura sobre el oleaje furioso de la tierra joviana. De una de las compuertas brotaba una escala destinada, indudablemente, a que los expedicionarios subieran por ella.

El rugido del suelo era ensordecedor y Tac no pudo explicarse aquel ruido, que para un terremoto le parecía exagerado.

Sin soltar la mano de la muchacha, dejándose caer cuando la tierra vibraba y corriendo desesperadamente en los intervalos, logró ir acercándose a la escala que se balanceaba desde la puerta de la espacionave.

Algo rojo apareció a su izquierda, formando una especie de horizonte carmesí, del que brotaba una intensa vaporosidad.

Cuando consiguió atrapar el extremo libre de la escala y empujar

a Sam-La, haciéndola empezar a subir, la masa roja estaba a menos de cincuenta metros de ellos.

Oyó algo, impreciso y confuso, ya que las sintonías estaban mezcladas, porque desde todas las espacionaves en peligro se lanzaban S.O.S.

Una vez arriba, detrás de la joven, se volvió, haciendo un desesperado gesto a los que seguían y que, temerosos y atolondrados, se habían rezagado, quedándose bastante atrás.

De repente, la astronave dio un respingo, ascendiendo bruscamente.

—¿Qué hacéis? —preguntó desesperadamente, a través del telecomunicador—. ¡Todavía no han subido todos!

Estaba colgado junto a la puerta y tuvo que afianzarse fuertemente con ambas manos para evitar perder el equilibrio, por efecto de la creciente aceleración.

Entonces, cuando la astronave consiguió bastante altura, pudo percatarse de lo que había motivado la catástrofe.

No era nada que se pareciese a un terremoto.

La masa sin ninguna vegetación, el desierto donde se habían posado las espacionaves kunianas, no era sino un *gigantesco, descomunal animal que había despertado en aquel momento.*

La masa roja de la que brotaban chorros de vapor... *¡era la boca!*

Una boca tremenda que, en aquellos terribles instantes, estaba devorando glotonamente todo lo que yacía a su alrededor.

Espacionaves, y criaturas que habían escapado de ellas y que corrían con sus trajes espaciales de un lado para otro.

Desde arriba no se veía más que la espalda del monstruo y su alucinante boca, de cerca de doscientos metros de longitud.

Tac se estremeció.

¿A qué horrible parte del universo se habían dirigido?

¿Qué clase de potencias vitales mantenían allí la vida, capaces de originar criaturas tan horrendas como la que estaba viendo?

Sintió que le tocaban en el hombro.

Se volvió. Era Sam-La, que le invitaba a subir.

Lo hizo y la compuerta se cerró automáticamente tras él. Pronto estuvieron en el salón.

Sam-La estaba pálida como el papel.

—¿Qué te parece? —preguntó con los labios apretados.

—¿Se puede hacer algo por los que han quedado abajo?

Ella rió, con un tono histérico en la voz; y tomando el brazo-motor de su amigo lo llevó hasta el ascensor, que les trasladó a la torreta de observación.

El espectáculo era horroroso.

Las espacionaves, destrozadas por los tremendos colmillos de la fiera, ahora perfectamente visibles, vomitaban montones y montones de kunianos que iban a parar a lo hondo de aquel embudo rojo por el que desaparecían. Una baba destilaba del interior de aquel cono horrendo.

—¿Crees, Tac, que podemos hacer algo por esos desgraciados?

—No.

—¿Y no se te revuelve el corazón, hasta sentir asco de ti mismo, al ver la impotencia de nuestro pueblo?

El la miró fijamente.

—¿Qué quieres decir, Sam-La?

El ojo frontal de Sam-La brilló con una intensidad feroz.

—Hace miles de años, Tac, cuando tú y yo no habíamos nacido aún, regían las mujeres al pueblo kuniano. Aquellos milenios de matriarcado fueron, según los historiadores, duros, salvajes y guerreros; pero suprimieron a los pueblos enemigos, acabaron con los monstruos prehistóricos que poblaban nuestros casquetes polares e instauraron la hegemonía indudable de nuestro pueblo.

»Fue el tiempo del matriarcado. ¡Cuántas veces lo he visto salir malparado, en el Consejo de Ancianos! Considerado como la Época Negra de nuestra historia.

»Luego, los hombres asumieron el mando y la dirección de los kunianos. Se hicieron grandes cosas, es verdad, se llevó la civilización y la técnica hasta puntos que jamás hubiésemos osado imaginar.

»Hasta que llegó el éxodo, en nuestros días.

»Todos creímos en la sabiduría del Consejo, en su competencia. Y nos confiamos, el primero mi padre, a unos seres que habían hecho de los kunianos unos hombres de elección; al menos ellos estaban convencidos de que lo habían hecho.

Señaló el horrendo espectáculo que se desarrollaba a sus pies.

—¡He ahí los resultados, Tac! ¡Ahí tienes el colofón de una manera de ver estrecha, mezquina, absurda y suicida!

»Les hemos pedido armas y más armas. ¡Nos concedieron la fabricación de una decena! ¿De qué nos han servido? ¿Podíamos luchar con ese horripilante monstruo con unos pocos fusiles desintegradores? ¿Hemos olvidado los cañones electromagnéticos, las bombas nucleares, los rayos cósmicos? ¡ Sí, los hemos olvidado y somos hoy el pueblo más débil del universo, la raza más miserable de todas, ya que seres sin inteligencia como el monstruo que está terminando con nuestros hombres, mujeres y niños, es mucho más poderoso que nosotros, mil veces más poderoso!

Tac se percató de que aquella magnífica criatura tenía razón.

Pero, en el fondo, ¿qué sabía ella, si no había leído los Libros Prohibidos?

Era incapaz de coordinar la fatalidad histórica que les perseguía. Y si Tac se hubiese atrevido a decirle que era una raza condenada cósmicamente a la extinción y que no debieron jamás abandonar el Sistema de los dos soles, terminando allí con ellos, ella le hubiese echado de su lado, se hubiera reído cruelmente de él y no le habría mirado jamás a la cara.

Y Tac no podía olvidar las pocas caricias que ella le había hecho con sus hermosos y sensibles brazos-ideativos; no podía olvidar todo lo que sentía por aquella joven, que era para él todo lo que le quedaba.

Por eso, desviando la conversación hacia un punto que no le comprometiese, dijo: —¿Qué piensas hacer? Ella le miró triunfante.

—Reinstaurar el matriarcado. ¡Fabricar armas de todas clases! Derogar el poder del Consejo.

—¿Crees que podrás lograrlo?

—Sí, si cuento con tu ayuda. Tú eres el ingeniero más inteligente que tenemos. En tus estudios y procedimientos técnicos has llegado hasta donde nadie logró arribar.

Los dos brazos-ideativos de la muchacha se prendieron dulcemente de los suyos. Tac sintió que un reflejo emotivo, de una intensidad maravillosa, le invadía.

Era imposible resistir aquello.

—Cuenta conmigo, Sam-La —dijo con voz emocionada.

Los brazos-motores de la joven le cogieron por los hombros, atrayéndolo hacia ella.

Y le besó en los labios, demostrando que aquella manera de

expresar el amor superaba las fronteras del Sistema Solar, que ellos no conocían aún, para hacerse casi universal…

CAPITULO V

La mirada de Vhela recorrió con sanguinario orgullo la hilera de astronaves que levantaban sus aceradas proas hacia el cielo; después, volviéndose hacia Thran, dijo:

—Creo que habrá suficiente para destrozar sus míseras naves voladoras.

—¿Has hablado con Sthoma?

—No. ¿Por qué?

—Me dijo anoche que los habitantes del Tercer Mundo habían conseguido fabricar una nave del espacio.

—¡ Será tan estúpidamente elemental como las naves voladoras que usan para ir de un lado a otro de su mundo! ¿Estuvo Sthoma en el Tercer Mundo?

—Sí. Ya te he dicho que regresó anoche. Fue con un platillo volante monoplaza.

Vhela, el poderoso jefe de los marcianos, sonrió.

—Será cuestión de muy pocas horas. Lanzaremos bombas de nitrógeno atómico para crear el ambiente apto para nuestra respiración. Al aumentar la dosis de nitrógeno de la atmósfera del Tercer Mundo no quedará ni uno de sus habitantes vivo. Acondicionaremos después el planeta y nos instalaremos en él.

—Será una magnífica victoria.

—Sobre todo cuando significa el triunfo de diez mil marcianos contra muchos de esos seres estúpidos. Somos pocos en verdad, pero nuestra técnica ha aumentado nuestro poder hasta hacerlo infinito.

Thran lanzó una despectiva mirada hacia las arenas rojizas de Marte.

—Nuestro planeta se reseca cada día más. Hemos ido muriendo por millones a medida que desaparecía el agua. Los canales fueron una solución hace miles de años, pero ahora, vacíos y secos, ya no nos sirven para nada.

—¿Para qué los necesitamos? En el Tercer Mundo el agua es tan abundante que no la acabaremos en una eternidad.

—¿Cuándo crees que atacaremos?

—Mañana, al amanecer. Llegaremos al Tercer Mundo y empezaremos a bombardear por la zona oscura, aprovechando la noche para evitar que puedan tomar medidas de defensa. En

veinticuatro horas habremos terminado.

—¿Tan pronto?

Vhela miró con insistente desprecio a su interlocutor.

—¿No has asistido a las experiencias de Khler?

—No, no he podido. Ya sabes que he estado muy ocupado preparando las astronaves.

—Lo comprendo. Ven. Precisamente deseábamos hacer una última experiencia con el único terrícola que tenemos. Lo capturó Sthoma en su último viaje.

—Vamos.

La ciudad estaba al lado. No era muy grande, pero demostraba lo que había sido la civilización marciana. Otras ciudades, miles de ellas, habían quedado abandonadas a lo largo y ancho del planeta, cuando la falta de agua empezó a convertir a Marte en un desierto de arenas rojas.

Cinco mil hombres y cinco mil mujeres habitaban aquella última ciudad. Gracias a las drogas bioestimulantes los marcianos que habían sobrevivido a la gran catástrofe tenían asegurada una larga vida; pero la desecación progresiva de sus organismos, que tenían la apariencia de auténticas momias egipcias, les había vedado tener hijos.

Por eso, entre otras cosas, deseaban conquistar aquel magnífico Tercer Mundo: la Tierra.

La ciudad estaba limpia, pero una tristeza enorme parecía sobrevolar sus estrechas avenidas por las que las «sin-fin» corrían permitiendo trasladarse sin esfuerzo alguno de un lado para otro.

Los dos marcianos tomaron una de las «calles-móviles», apeándose de ella al llegar a uno de los más suntuosos edificios.

Escaleras mecánicas los llevaron hasta la primera planta.

Había una extraña efervescencia en aquel punto. Marcianos y marcianas desfilaban ante una especie de caja de material plástico, en cuyo interior una mujer joven, con los ojos muy abiertos por el terror, miraba a su vez a los que desfilaban a uno y otro lado de la pared de plástico.

Contorneando al público que no se cansaba del espectáculo, los dos importantes marcianos penetraron por una pequeña puerta lateral, que daba a la parte posterior de la «jaula», y donde había un hombre, Khuler, el astro biólogo más importante del planeta.

—Hola —saludó Vhela.

El otro se volvió a medias.

—¿Qué hay? —preguntó.

—¿Falta mucho para la experiencia?

—Os esperaba.

—Puedes empezar cuando quieras.

Tomaron asiento, en unos sillones funcionales ante la parte posterior de la jaula. En el interior, la muchacha se volvió hacia ellos con una mirada suplicante.

—Es hermosa —dijo Tharn.

—¡Bah! —repuso Vhela—. Su belleza no puede compararse con la de nuestras mujeres. ¿No te has dado cuenta de su piel lisa y tersa? ¡Ni una sola arruga en el rostro! Además, fíjate en sus largos cabellos, ¿no son repugnantes? Nosotros, más evolucionados, los perdimos hace muchos años. Y no vas a decirme que encuentras hermosa esa mata de pelo negro que le cae de la cabeza al lado de la finura del cráneo desnudo de una marciana.

—Tienes razón.

—¿Estáis preparados? —inquirió Khuler, cerca de los aparatos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó a su vez Thran.

—Voy a hacer aumentar la dosis de nitrógeno de la atmósfera de la jaula. Hasta ahora, hemos mantenido d interior con la atmósfera terrestre. —Sonrió—. Pero quizá queráis oír su voz antes de que muera.

—No, no es necesario. No tengo ningún interés.

—Fijaos —dijo Khuler— en el líquido que sale de sus ojos. Viven en un planeta tan rico en agua que su organismo es, en gran proporción, una masa líquida.

La muchacha de la jaula lloraba profusamente.

—¡Acaba de una vez! —rugió Vhela—. ¡El público se impacienta!

Un silbido indicó que el nitrógeno penetraba en la jaula.

Durante unos segundos, muy pocos, parecía no zurrir nada, pero de repente la muchacha se llevó las manos al cuello. Su piel adquirió un tono azulado que se fue ennegreciendo.

Cayó al suelo.

—Ha muerto —dijo sencillamente el astro biólogo Fuera, al otro lado de la jaula, los marcianos y marcianas palmoteaban aplaudiendo el espectáculo.

* * *

Khromic gruñó algo. La colosal pantalla de radar que tenía ante sí parpadeaba, con infinidad de puntos brillantes concentrados en uno de sus cuadrantes.

Se alejó de allí después de tomar unas notas y s acercó al cerebro electrónico, pulsando sus multicolores letras. Después, cuando tuvo la respuesta en la mano, atravesó la estancia y penetró en otra vecina, donde se erguía, como un poderoso cañón, el tubo reluciente de un telescopio de colosales dimensiones.

Se puso a observar.

No tardó en descubrirlas.

Chasqueando la lengua, prueba de su intensa preocupación, permaneció allí una veintena de minutos; luego, con los ojos brillantes, se acercó al más próximo «visófono» y pulsó la palanca de contacto.

Momentos más tarde la pantalla se iluminaba y el rostro de Vhela aparecía allí, enjuto y momificado como el de todos los marcianos.

—¿Qué quieres, Khromic?

—Un grupo de unas seiscientas astronaves viene hacia Marte.

Si Vhela hubiese podido palidecer, lo hubiese hecho

—¿De qué dirección?

—De Júpiter.

—¿Cómo son?

—Colosales. Cada una mil veces más grande que todas las nuestras juntas.

El otro se mordió los labios.

—¿No podemos saber nada más?

—Sí, estarán aquí mañana. He calculado su velocidad, su peso, su forma...

—¿Están armadas?

—No lo sé. Pero cada una debe llevar, por lo menos, más de mil individuos.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el tamaño aproximado de sus «pisos». Las junturas metálicas externas me han permitido calcular aproximadamente la

altura de esos pisos y, por ende, la de sus tripulantes. Deben ser como nosotros.

—¡Pero mucho más poderosos! Nosotros jamás hemos sido capaces de llegar hasta Júpiter.

—Eso creo.

Hubo una larga pausa.

—Tenemos muy mala suerte —dijo Vhela—. ¡Justamente cuando preparábamos la invasión del Tercer Mundo!

—¿Qué podemos hacer?

—Consultaré con Thran; él es el único que puede sacarnos de este aprieto.

Vhela cortó la comunicación y salió de la lujosa estancia donde se alojaba. Su mujer, una terrible y alucinante momia, cuya piel parecía pergamino, le miró desde el lecho.

—¿Sales?

—Voy a ver a Thran. Es urgente.

Momentos más tarde los dos marcianos estaban reunidos y el jefe había comunicado a su colaborador la triste nueva.

Thran era el zorro del pueblo marciano. Sus procedimientos políticos le habían hecho ascender a su puesto envidiable en el Consejo General.

Lo que más fama le había dado fue la operación «Reducción» realizada cien años atrás, y consistente en el lanzamiento de dos mil bombas nucleares que acabaron con los marcianos que, necesitados de agua, acudían a la única ciudad en la que todavía quedaba agua, y en la que Vhela se había instalado también con toda su lujosa corte.

Así y para salvar a los privilegiados y con ellos el proyecto de la invasión del Tercer Mundo, limpió sin escrúpulos a los marcianos sobrantes y molestos que sólo querían calmar su sed.

Después que Vhela hubo terminado su relato el otro se frotó la barbilla, tardando unos minutos en contestar.

—¿No sabe Khromic de dónde proceden esas espacionaves?

—No.

—Deberemos actuar antes de que lleguen. El saber si van o no armadas es muy sencillo.

—¿Cómo lo sabremos?

—Cuando penetren en la zona de asteroides. Tendrán que abrirse paso a cañonazos.

—¡Es verdad!

—Si lo hacen, tendremos que considerarlos como potenciales enemigos, con los que estaremos obligados a jugar con dobles cartas.

—¿Qué quieres decir?

—Sean esos seres muy inteligentes o poco, nunca podrán engañar a un marciano. Nuestra astucia es invencible.

—No sé cómo podremos emplearla contra sus armas y su número. Acabarán con nosotros en un instante.

—Eso lo veremos. Por el contrario, creo que pueden ayudarnos muchísimo. Ya sabes que por falta de oxígeno no hemos logrado obtener agua sintéticamente. No lo hay en nuestro planeta, rico en nitrógeno. Si esos astronautas son tan inteligentes como demuestra su presencia en esta parte del universo, podrán rendirnos una ayuda eficaz, incluso para dominar el Tercer Mundo, sin que nosotros nos molestemos en hacerlo. Basta conocerles algún punto flaco. Y no

existe criatura alguna que no lo tenga. El otro guardó silencio y Thran prosiguió: —Si atraviesan la zona de los asteroides iré a visitarlos, antes de que se acerquen demasiado a Marte. Hablaré con ellos y los estudiaré. Si veo algo interesante, te enviaré un mensaje en clave para que dispongas lo necesario.

—¡El pueblo marciano te estará eternamente agradecido!

Thran sonrió.

—Espera, Vhela. No se paga con agradecimiento. El pueblo olvida aprisa.

El otro frunció el entrecejo.

—¿Qué es lo que deseas?

—El monopolio del agua en el Tercer Mundo. Salvo tu familia, que tendrá cuánta agua necesite completamente gratis, el resto me pertenecerá y yo impondré un pequeño impuesto sobre su consumo.

—¡ Serás el marciano más poderoso de todos!

—¿Y eso qué puede importarte? Tú seguirás siendo el jefe con todos los privilegios y atributos que puedes obtener en un nuevo y maravilloso planeta.

—Tienes razón. Te concederé el monopolio.

—Eso está bien. Vamos a ver qué ha descubierto Khromic.

Salieron de la casa y se dirigieron directamente a observatorio.

Khromic seguía con el ojo pegado al visor de telescopio.

—Van a penetrar en la zona de los asteroides,

—Proyecta la escena en la pantalla.

Khromic obedeció y las seiscientas espacionaves kunianas supervivientes aparecieron en la descomunal pantalla.

Los ojos de Vhela brillaron de envidia.

—¡Qué gigantescas espacionaves!

Thran también sintió admiración por aquellos por temosos aparatos; pero no dijo nada. Se imaginó e poder que alcanzaría si lograba hacerse amigo de aquellas criaturas espaciales. Con naves como aquéllas, e universo entero estaría al alcance de su ambición desmedida.

Las espacionaves kunianas se acercaban velozmente a la zona de los asteroides. De repente, de los costados de aquellos poderosos aparatos empezaron a surgir llamaradas verdosas, que disolvían en el espacio los gruesos y voluminosos cuerpos que cruzaban ante ellas.

—¡Qué maravilla! —Exclamó Khromic—. ¡Utilizan los rayos cósmicos!

Vhela se puso en pie, pálido como la muerte.

—¡No es posible! —dijo sordamente.

Khromic se volvió hacia él.

—¿No, eh? ¿Quieres decirme entonces qué otra clase de energía es la que produce esas rayas verdes?

—Es verdad —intervino Thran.

—Eso demuestra una indudable superioridad sobre nosotros —siguió diciendo el astrónomo—. Jamás lo gramos utilizar los rayos cósmicos a pesar de las largas y penosas investigaciones.

— ¡Cállate! —rugió Vhela. Y volviéndose hacia Thran añadió—: ¿Te das cuenta, amigo mío? ¿Crees que podremos hacer algo para impedir que nos destruyan?

El otro sonrió.

—Cuanto más evolucionada está una raza —dijo sentenciosamente— más elementales son sus problemas. Permite que me acerque con el platillo volante de Khuler. Hablaré con esas criaturas. Tú debes estar pendiente y seguir mis instrucciones al pie de la letra.

—Así lo haré.

—Ordena a Khuler que prepare su astronave. Poco después despegó el platillo volante monoplaza, que se alejó velozmente del planeta. Vhela musitó con voz intranquila: —Las cartas están echadas.

CAPITULO VI

Sam-La estaba plenamente orgullosa de todo lo que había logrado. La reunión había sido tormentosa, pero ella no cedió en momento alguno, y después de una votación

emocionante logró destrozar los propósitos conservadores del Consejo de Ancianos e imponer, por una mayoría aplastante, el segundo matriarcado kuniano.

La fabricación de armas potentes, cuyos planos se conservaban, se realizó en los talleres de las astronaves de una manera acelerada. Sirviéndose de un «auto-pul-sor monoplaza», Tac, que había recibido el cargo de asesor técnico general, hizo infinidad de viajes de una a otra astronave, coordinando todos los esfuerzos parciales y logrando, antes del plazo que Sam-La le había dado, la realización y montaje de todas las armas que le habían encargado. La expedición contaba ahora con poderosos medios de defensa y ataque.

Sam-La contó con el apoyo leal de todas las kunianas, doloridas por la pérdida de parientes y amigos, y por la mayoría de los jóvenes, que deseaban ver renacer una raza potente y victoriosa, capaz de destrozar cuantos enemigos se les opusiesen.

Cuando se encontraba solo —cosa poco frecuente en aquellos días de interminable trabajo—, Tac pensaba en lo que estaba ocurriendo. Nunca había creído en el triunfo de las ideas de Sam-La. Y al verlas realizadas empezó a dudar del contenido de los Libros Prohibidos, llegando a la conclusión de que la decisión de aquella maravillosa mujer podía ser capaz de cambiar el negro destino que parecía esperar a la raza.

La llegada a la zona de los asteroides, camino ya de Marte, demostró, a los que aún dudaban de la eficacia del nuevo sistema político, que Sam-La tenía toda la razón.

Sam-La estaba radiante de entusiasmo. Jamás habrían podido atravesar la barrera de asteroides.

—¿Te das cuenta, Tac, amado? ¡Ahora sí que somos los de antes! ¡Ya pueden presentarse estúpidos o terribles enemigos! Nuestras armas nos harán triunfadores. Y conseguiremos, con una seguridad que me llena de orgullo, instalarnos en el primer planeta que reúna las condiciones favorables.

—Estoy maravillado de tu valor, querida. Has logrado lo que cien

generaciones de kunianos no consiguieron jamás. Yo también estoy muy orgulloso de ti.

—Y yo de ti, Tac. Sin tu preciosa ayuda, sin tu entusiasmo, hubiésemos tardado mucho más en armar nuestras espacionaves.

Estaban en la torreta de observación y, extendiendo un brazo-ideativo, ella le señaló la formación imponente de las restantes naves kunianas.

—¡Míralas, Tac, son otra vez expresión del poder inmortal de nuestra raza! ¿Qué puede detenernos ahora? Estoy segura de que todos los kunianos se dan cuenta del renacer de nuestro poder; dormirán tranquilos, confiados, sabiendo que ya no volverán a ocurrir catástrofes como las que nos han acontecido.

Tac miró hacia las potentes espacionaves.

«Expresión del poder inmortal de nuestra raza», acababa de decir la muchacha.

¿Por qué sentía aquella sensación desagradable ante la palabra «inmortal»?

Indudablemente, la influencia de los Libros Prohibidos seguía minando su entusiasmo, estropeándole el goce sano de lo que le decía su amada Sam-La.

«¡Soy un estúpido! —pensó—. Sam-La tiene razón: armados como estamos es casi imposible que en este Sistema, mucho menos evolucionado, encontremos seres capaces de poseer las armas que nuestra ciencia ha puesto a nuestro servicio.»

Se acercó a la joven, entrelazando sus brazos-ideativos a los de la muchacha.

—¡Eres adorable, Sam-La!

—¡Y muy feliz, Tac! A tu lado, asesorada por ti, me considero completamente segura e infinitamente dichosa.

Iban a unir sus labios, cuando un kuniano del equipo de observación penetró en la torreta.

—¡Una minúscula astronave se acerca a nosotros!

Sam-La y Tac se volvieron asombrados hacia el recién llegado.

—¿Es posible? —dijo Sam-La.

Corrieron ambos y en pocos segundos contemplaban por el cuádruple tubo del telescopio la extraña nave.

—No parece armada.

—Eso no lo sabemos, querida.

—¿Por qué?

—Olvidas que pueden ser tan distintas que sean irreconocibles para nosotros.

—Tienes razón, Tac; pero, por el tamaño y forma, el ser que la pilota es más o menos como nosotros Fíjate en la puerta.

—Es verdad. Y por la distribución de las planchas y tornillos y por la antena que flota sobre ella es casi seguro que tenga manos, como nosotros; es decir, que se nos parezca casi por completo.

—Comunica que todas las espacionaves estén dispuestas para repeler cualquier ataque. Todas las armas deben enfocar a ese aparato. Si viene en son de paz, en paz será recibido; si se acerca en son de guerra... ¡lo desintegraremos!

Un kuniano del servicio de telecomunicaciones se acercó a ellos.

—Sam-La, está comunicando en un lenguaje que nos es desconocido. Debe de desear entrevistarse con nosotros.

—Perfectamente. Dejad que se acerque, hasta crear una órbita alrededor de nuestra astronave. Lo trasladaremos aquí. Preparad unos cuantos espaciotrajes y salid a por él.

Todo se llevó a cabo de la manera prevista.

Después de girar alrededor de la nave principal, el minúsculo espaciovehículo fue atraído a la masa, hasta que se posó blandamente sobre su plataforma superior. Un grupo de kunianos salió en busca del tripulante del platillo.

Cuando Thran se encontró en el interior de la espacionave se percató de la maravillosa realización técnica y avance científico, y su rostro se tornó verde de envidia.

Su reacción ante los kunianos fue diametralmente opuesta. Al ver su único ojo frontal y aquellos dos largos brazos, que brotaban de detrás de los normales, sintió repugnancia.

Pero no era de los que se dejaban llevar por impresiones secundarias. Y pronto hizo prevalecer el lado importante: la superioridad técnica.

Por otra parte, Sam-La le demostró que las mujeres kunianas eran verdaderamente hermosas. Y que, fuera del ojo y los brazos, el resto de su cuerpo correspondía a los cánones de la más antigua belleza de la raza marciana y al de los seres del Tercer Mundo.

Una de aquellas criaturas le hizo señas para que se quitara la escafandra, pero contestó también por señas que no podía respirar la

misma atmósfera.

Luego el kuniano lo llevó hacia una máquina y lo sentó en un cómodo sillón, sonriéndole amistosamente.

Le entregó un libro con imágenes del más distinto contenido y señalándole la primera, después de conectar el micrófono del marciano con uno de sus brazos-ideativos, dijo con voz clara:

—¡Árbol!

Después señaló la segunda:

—¡Casa!

Thran comprendió lo que se deseaba de él y empezó a leer, en su lengua y en voz alta, lo que veía reproducido. Hablaba ante el micrófono y la máquina empezó a funcionar inmediatamente.

—¡Sthula! ¡Korma! ¡Vhentiris! —decía Thran.

Minutos más tarde, una lámpara se encendió y Tac, que estaba a su lado, le sonrió, quitándole el libro.

—Ya puedes hablar en tu lengua —le dijo.

Thran se quedó como el que ve visiones. Había oído la frase en un correcto marciano.

Tac explicó:

—Cuando tú leías, esta máquina ha formado un vocabulario comparativo y ya es capaz de traducir todo lo que digas.

—¡Pero si apenas he leído doscientas palabras

—Es igual. La máquina ha tenido bastante con las palabras clave del libro.

—¡Es fantástico!

A Tac le alegraba que aquella criatura se maravillase de la ciencia kuniana, ya que era prueba evidente de su inferioridad.

—¿De dónde llegas? —le preguntó.

—De ese primer planeta, hacia el que sin duda alguna os dirigís. Se llama Marte. Os vimos llegar y quisimos daros la bienvenida.

—Gracias.

—No creo que el planeta os convenga más que transitoriamente. En realidad, se está resecando y el agua se ha convertido en algo rarísimo.

—¿Cómo has adivinado que buscábamos un planeta para instalarnos?

—Es fácil. El número de vuestras espacionaves demuestra que sois un pueblo en éxodo. Es el caso del nuestro.

—¿Cómo? ¿Os disponéis a abandonar Marte?

—Sí. Estamos preparando la marcha hacia el Tercer Mundo.

—¿Cómo es?

—Muy bueno. Tiene agua en una cantidad enorme, vegetación, animales de todas clases...

—¿Qué clase de criaturas lo pueblan?

—Semejantes a nosotros, los marcianos; pero de una raza inferior, primitiva. Han llegado a manejar la energía atómica y están lanzando satélites experimentales alrededor de su propio planeta.

—Entiendo. Están, aproximadamente, en la fase preestelar. ¡Muy atrasados en verdad!

Sam-La se había acercado a Tac y escuchaba atentamente las respuestas del marciano.

—Déjame hacerle una pregunta, querido —dijo.

Tac se hizo a un lado respetuosamente.

Thran comprendió inmediatamente que aquella mujer era el jefe supremo de aquellas extrañas criaturas. No dejó de hacerle gracia su descubrimiento, pero se mantuvo alerta.

—Yo soy —dijo la muchacha— Sam-La, la suprema jefe del matriarcado kuniano. ¿Cómo os regís vosotros?

El cerebro de Thran funcionó a toda velocidad.

—Me llamo Thran —dijo—, y también nos regimos por un matriarcado. Es la más maravillosa forma de gobierno.

Sam-La se sintió más feliz que nunca.

Y volviéndose a su compañero dijo:

—¿Has oído, Tac, amado? ¡Se rigen por el matriarcado! ¡Deben de ser una raza espléndida! ¡Seremos sus amigos!

Sam-La no se separó del micrófono y el marciano oyó, con una enorme satisfacción, las imprudentes palabras de la kuniana.

Hablaron de muchas cosas más y cuando el interrogatorio terminó, Thran, con una hipocresía que aquellas criaturas eran incapaces de concebir, rogó que le dejasen comunicar con el jefe femenino de su planeta para prevenirle de la llegada de las espacionaves amigas.

Le llevaron a la cámara de transmisiones, poniendo a su disposición los potentes y seguros aparatos.

Thran habló en clave con Vhela, quien le agradeció las buenas nuevas que le daba. El «zorro» insistió en que sus instrucciones

fueran seguidas a rajatabla.

Luego se reunió con Tac y la muchacha en el salón.

Thran fue invitado a sentarse en uno de los cómodos sillones funcionales, al mismo tiempo que Sam-La le invitaba:

—Hábleme de la composición de la atmósfera de Marte.

—Está formada de nitrógeno, en una proporción de 83 por ciento. El resto es de gases nobles, neón, criptón, xenón, etcétera.

—Comprendo. Cuando desembarquemos en su planeta estaremos obligados a llevar los espaciotrajes.

Y después de una pausa:

—¿Es que el ambiente atmosférico de ese Tercer Mundo es parecido?

—No; posee principalmente oxígeno.

Sam-La pareció radiante.

—¡Nuestra misma atmósfera, Tac! ¡Será nuestro planeta elegido!

El marciano frunció el entrecejo. Se daba cuenta de lo peligroso que iba a ser todo si aquellos seres se apoderaban del tercer planeta. ¿Dónde irían ellos, los marcianos?

Tac pareció adivinar sus pensamientos.

—Podemos arreglarnos. Sam-La les ha llamado amigos y los kunianos no tienen más que una palabra. Podemos crear una cúpula gigantesca dentro del Tercer Mundo dotándola de la atmósfera de ustedes. Serán nuestros vecinos.

—¿Serán ustedes capaces de realizar eso?

—Sí. Pero quería hacerle una pregunta.

—Diga.

—Los habitantes de ese Tercer Mundo, ¿se someterán voluntariamente? ¿Son muy numerosos?

—Numerosísimos. Según los informes que poseo, creo que pasan de seiscientos millones y son muy belicosos. Están siempre en guerra entre ellos.

—¿Qué importa eso? —intervino Sam-La—. Poseemos armas capaces de destrozar cualquier resistencia.

Si como has dicho antes están en la fase preestelar, nuestra tarea destructora no durará mucho.

Thran se percató de todo el beneficio que podía sacar en una alianza «momentánea» con los poderosos kunianos.

—Con las armas que poseéis la tarea será facilísima.

Un proyecto estaba ya formado en su cabeza: utilizaría a los kunianos, que evitarían un esfuerzo a las espacionaves marcianas, mucho peor dotadas que las de ellos. Después...

Sonrió, seguro de su triunfo.

* * *

John Stuart descendió del aparato a reacción con el que acababa de hacer su tercer viaje experimental a la atmósfera.

Pasó a su despacho en la base y redactó rápidamente su informe. Después, cuando se hubo quitado el traje espacial y vestido con el suyo, tomó el coche para ir a su casa.

Era casi mediodía.

La vieja Clara, su ama de llaves, estaba en la cocina y al oír sus pasos salió al *hall*.

—¡Gracias a Dios, John! ¡Siempre me pasa igual! Estoy nerviosa hasta que le veo volver. ¿Cuándo demonios acabarán esos vuelos de ensayo?

Él le puso la mano cariñosamente sobre el hombro.

—¿Y Peter?

—Tardará aún una hora en volver del colegio.

—¿Tienes un poco de café?

Bebió una taza, encendió un cigarrillo y se preparó a salir.

—¿Se va usted? —inquirió la mujer.

—Voy a buscar al niño. Lo esperaré ante la escuela.

Ella asintió, sin decir nada.

John no podía engañarla a ella, sabía perfectamente hacia dónde dirigiría el coche: justamente en dirección contraria a la escuela donde estaba Peter. Clara no se equivocaba.

Una vez en el coche, John siguió la calle principal hasta desembocar en la parte norte de la ciudad. Allí tomó un camino secundario que le condujo hasta el lugar donde había ocurrido el accidente.

Todo seguía de la misma manera.

Descendió del vehículo y se paseó por la tierra carbonizada, volviendo a pensar que aquellas huellas negruzcas no podían haber sido hechas más que por las toberas de alguna astronave poderosa.

Una espacionave que se había llevado a Kqtty...

Cerró los puños y miró hacia el cielo por donde navegaban grandes y algodonosas nubes.

Alguna vez el hombre lograría navegar por el espacio y evitaría que seres de más allá de la atmósfera, tan poderosos como crueles, viniesen a la Tierra para llevarse hombres, mujeres o niños sin que nada pudiese hacerse por evitarlo.

Cada vez que subía en los aparatos de caza de experimentación miraba con odio los astros que brillaban eternamente, por encima de la ionosfera. Y apretaba los mandos acariciando los disparadores de sus armas (todos los aparatos superestratosféricos iban armados desde que se sabía que los platillos volantes no eran una alucinación colectiva), con la sola idea de encontrar una astronave en el curso de uno de sus vuelos.

¡Se vengaría!

De eso estaba seguro.

CAPITULO VII

La confraternidad entre marcianos y kunianos se desarrolló satisfactoriamente.

Es verdad que Vhela, tras recibir el mensaje cifrado de su compañero, organizó las cosas de tal manera, que cuando las espacionaves kunianas se posaron en los astródromos del planeta rojo todo estaba dispuesto para la gran comedia.

Vhelala, la arrugada esposa del jefe marciano, vestida con sus mejores ropas, jugó maravillosamente bien su papel de gran matriarca, demostrando a los extranjeros que Marte se gobernaba bajo poder femenino desde hacía seis milenios.

Venciendo la repugnancia natural que despertaba aquella fantasmagórica aparición, tan esquelética que daba miedo verla, Sam-La supo mostrarse a la altura de las circunstancias, experimentando una sincera simpatía por aquellos que habían hecho del matriarcado una ley normal de gobierno.

Todos los ocupantes de las espacionaves, es decir, todo lo que quedaba del pueblo kuniano, fueron invitados a visitar la capital gracias a los vehículos que Vhelala puso a su disposición, las viejas ciudades del planeta, abandonadas cuando el agua se convirtió en algo que no podía hallarse por parte alguna.

Vhelala y Vhela iban con Tac y Sam-La en un vehículo especial.

—Hicimos todo lo posible por salvar a estos desdichados —dijo la marciana.

—Comprendo —repuso tristemente la joven kuniana.

Había aprendido velozmente la lengua de los marcianos, igual que Tac.

Para ellos, que se consideraban una raza que había llegado al cénit, aquel lenguaje era elemental y bárbaro.

Entretanto, Thran, dueño absoluto de la capital marciana, preparaba detenidamente sus planes.

La estúpida confianza y buena fe de los kunianos le había facilitado extraordinariamente su tarea. Los visitantes no habían dejado en las astronaves más que algunos ancianos y enfermos, seguros de que una raza como la marciana sería incapaz de entender los complicadísimos mecanismos de las espacionaves. Y tenían razón.

Pero al «zorro» poco le importaba entender las máquinas de aquellos confiados astronautas. Lo importante era haber conseguido que la mayoría de ellos hubiesen caído tan fácilmente en el lazo que les había tendido: la visita turística del planeta.

La ausencia de los kunianos le había dado ocasión de preparar rápidamente la segunda y más importante fase de su diabólico plan.

Aprovechando la noche y simulando una visita, cargado de regalos para los ancianos y enfermos que habían quedado en las astronaves, colocó en puntos vitales de éstas, gracias a los grupos de especialistas, bidones de nitrógeno concentrado al máximo, coordinando los recipientes con un par termoeléctrico que podría hacer actuar a distancia.

Cuando los visitantes regresaron de las lejanas comarcas de Marte, Thran llamó urgentemente a Vhela.

—Ya está todo preparado.

—¿Qué has hecho?

—Coloqué cargas de nitrógeno puro en el interior de sus espacionaves.

—Creo que esta gente nos convendría más como amigos. Me han dicho que están dispuestos a partirse el Tercer Mundo con nosotros.

—Eres un estúpido. —Jamás le había hablado así—. ¿Sabes lo que quieren ellos, con sus caras inocentes?

—No.

—¡Dominarnos! ¡Tenernos siempre a su merced! Sometidos, sin que podamos levantar la voz.

—Francamente, no te entiendo.

—Pues es fácil. Nos dejarían una porción del Tercer Mundo y hasta, en el colmo de la amabilidad, nos ayudarían a construir una cúpula donde mantener una atmósfera nitrogenada como la que necesitamos. ¿No es eso?

—Sí.

—Luego, tranquilamente, en cuanto les molestásemos lo más mínimo, en cuanto les desobedeciéramos en algo, no tendrían más que perforar la cúpula, haciendo penetrar el oxígeno mortal… ¡y se acabó!

Vhela le miró largamente.

—¡Es verdad! —exclamó.

—Haciendo lo que he hecho, vamos a anticiparnos a sus

proyectos. En determinado momento, *cuando hayan terminado de destruir a los habitantes del Tercer Mundo,* inundaremos el interior de sus astronaves de nitrógeno puro. Ni uno solo podrá salir con vida.

—Comprendo. Pero, ¿crees que no lo descubrirán? ¡Sería horrible!

—¿Me tomas por estúpido? Todo se ha hecho con el mayor cuidado. No descubrirán nada hasta que sea demasiado tarde.

—Es una idea formidable.

—Claro que lo es. Aprovecharemos sus cañones cósmicos y sus tremendas armas para que nos limpien el planeta de sus asquerosas y retrasadas criaturas. Luego, cuando ellos a su vez hayan desaparecido, podremos verter el nitrógeno en el Tercer Mundo y salir de Marte para siempre.

—Estoy perfectamente de acuerdo contigo. ¿Cuándo desean atacar al Tercer Mundo?

—Mañana.

—¿Les acompañaremos?

—¡Naturalmente! Todas nuestras astronaves seguirán a las suyas. Ellos destruirán las ciudades del Tercer Mundo. *Nosotros esperaremos el momento de actuar.*

* * *

«De nada servirá huir del final del tiempo. El final del espacio se cerrará sobre los que hayan huido y terminará con la raza.

»Porque nada puede sobrevivir a su destino y cuando los soles de un Sistema se apagan, es como ¡a señal del final... »

Tac cerró el Libro Prohibido.

Y repitió las frases, las palabras y hasta las sílabas, una a una, como si desease compenetrarse con su horrendo sentido, como si quisiese destruirlas, como si hubiera deseado quemar los libros.

«De nada servirá.»

¿Cómo podía ser verdad un absurdo tan gigantesco?

Después del esplendoroso triunfo de Sam-La; tras la victoria sobre el Consejo de Ancianos; cuando el mundo a conquistar estaba al alcance de la mano, cuando se contaba con el apoyo de una raza como la marciana... cuando todo iba maravillosamente bien.

«El final del espacio... »

¿Qué quería decir aquello?

No habían llegado, ni mucho menos, al final de ningún espacio. Podían seguir navegando por el vacío, rumbo a otras galaxias y después a otras, sin que nunca llegase el verdadero final.

Se levantó para acercarse al ventanal, por el que lanzó una mirada al cielo estrellado visible a través de la pobre atmósfera marciana. Aquel punto brillante era el Tercer Mundo, cuyas maravillas había visto en las proyecciones a las que Sam-La y él habían sido invitados aquella misma tarde.

Un mundo maravilloso, algo que ni soñado hubiese sido posible. Un planeta con agua, con vegetación, con montañas, bañado por la luz de un sol muy joven que tardaría millones de siglos en apagarse como había ocurrido en el Sistema de los dos soles.

«Y cuando los soles de un Sistema se apagan…»

Entonces…

¿Era necesario morir? ¿Existía la muerte cósmica así como la individual? ¿No podía salvarse nada de la destrucción final?

Movió la cabeza pensativamente.

—No, no puede ser —dijo en voz alta.

La célula fotoeléctrica que había montado le avisó de la proximidad de una visita.

Encerró rápidamente los Libros Prohibidos.

Sam-La penetró en la estancia.

—¿Qué hacías, amor mío?

—Pensaba.

—¿En qué?

La besó, buscando algo que decirle; finalmente lo encontró:

—Estoy emocionado por la expedición de mañana.

—¿Te has dado cuenta, Tac, de la sorprendente belleza de ese Tercer Mundo?

—Es maravilloso.

—¡Y la suerte que hemos tenido! Encontrar una atmósfera como la de nuestro viejo mundo ha sido un azar espléndido.

—Hemos tenido mucha suerte, es verdad.

Ella se había sentado a espaldas de Tac, que contemplaba pensativamente las estrellas.

—¿Sabes una cosa, querido?

-¿Qué?

—Ahora recuerdo que mi padre en algunas ocasiones me habló de lo que se decía antes.

—¿A qué te refieres?

—No lo recuerdo bien. Se trataba, según creo, de unos libros en los que se relata un final que nadie podría evitar.

Tac se estremeció.

—¡Qué estúpidas supersticiones había antes! ¿Verdad, Tac?

—Sí, querida.

El no dijo nada; pero, de repente, recordó una frase que había leído aquella misma noche:

«Y ni la última pareja que podrá guardar un poco de esperanza se salvará, porque a pesar de todo, después de burlar estúpidamente el final del tiempo, habrán llegado al final del espacio.»

Pensó en aquello, pero no dijo nada. Porque el corazón le sangraba cada vez que pensaba en ello.

—¿Viste a la criatura del Tercer Mundo que habían matado el otro día, Tac?

—No. Ya sabes que regresé a la astronave después de la proyección.

—Yo fui con Vhelala. Era una hembra de rostro hermoso; muy joven... ¡Lástima que tuviese dos ojos, y dos brazos solamente! ¿No los encuentras raros, querido?

—Sí. Hablándote con franqueza, no los encuentro ni agradables ni simpáticos.

—¡Ya estamos con tu especial manera de ver las cosas! Piensa, querido, que son seres que, si los comparamos a nosotros, viven seis mil años atrás. ¿Qué puedes esperar de ellos?

—Puede que tengas razón, amor mío. Pero, de todas formas, los encuentro extraños, raros...

* * *

Peter terminó su chocolate. Luego, limpiándose con la servilleta, se puso en pie y besó a su padre.

—¿Vas a la base, papá?

—Sí.

—¿Otro nuevo ensayo?

—Eso creo.

Clara salió en aquel momento de la cocina.

—No estará contando una de esas horribles cosas al niño, ¿verdad?

—¿Por qué horribles, Clara?

—¡Eso es! —palmoteó el muchacho—. ¿No sabes, Clara, que cuando sea mayor seré piloto de ensayo como papá?

—¿Tú? —simuló asombrarse la mujer.

—No —dijo John—. Peter no será piloto de ensayo.

El niño frunció el entrecejo.

—¿Por qué, papá? Si es lo que más me gusta.

El hombre acarició los cabellos negros del niño; negros como los de la mujer.

—Ya lo sé. Pero no serás piloto de ensayo, porque cuando seas mayor ya no habrá aviones. Serás piloto de una nave del espacio.

Peter palmoteo.

—¡Qué estupendo, papá!

Pero Clara, en la puerta de la cocina, no pudo evitar que algo le mojase las mejillas y se secó apresuradamente con el borde del delantal que llevaba puesto.

John se dio cuenta del gesto de la mujer; pero, cuando quiso decirle algo, Clara había regresado al interior de la cocina.

—¿Vamos, peque? —preguntó al niño.

Lo llevó en su coche, dando un gran rodeo para hacer tiempo, según creyó el pequeño. Pero cuando vio que su papá se alejaba de la ciudad, inquirió:

—¿Dónde vamos?

El hombre sonrió.

—Quiero que veas una cosa, Peter.

Detuvo el coche en la vereda transversal y cogió la mano del niño, llevándole hasta la zona donde la tierra seguía quemada.

—¿Qué es esto? —preguntó Peter.

—¿Ves estas cuatro manchas negras? Son las zonas que quemaron las cuatro toberas de una astronave.

Peter abrió desmesuradamente los ojos.

—¿ Una as…tro…na…ve? —balbució.

—Sí. Tú tenías muy pocos meses: cinco o seis. Aquella tarde mamá había salido, dejándote al cuidado de Clara, para coger unas flores en este sitio. Era mi cumpleaños y no quiso ir a comprarlas a

la ciudad.

El niño escuchaba atentamente a su padre.

Este prosiguió.

—Ellos debían estar aquí. Como ves, esta parte de terreno forma una hondonada y mamá no debió verlos. Cuando los vio, ya era demasiado tarde.

—¿Se habían ido? —inquirió ingenuamente el niño.

—No. Debieron sorprenderla. Y se la llevaron con ellos.

—¿A mamá?

—Sí.

Hubo un corto silencio.

—¿Quiénes eran?

El hombre se encogió de hombros tristemente. —¿Y quién lo sabe? Podían venir de Marte o de cualquier parte.

— ¡Bandidos! —exclamó el pequeño sin poderse contener.

John se arrodilló junto a su hijo y lo abrazó con fuerza. Luego, con la boca junto al rostro del pequeño, le musitó en voz baja:

—Escucha, Peter. Yo sé que «ellos» volverán. Tarde o temprano una de sus astronaves volverá a visitarnos. Yo, cada vez que vuelo muy alto, por encima de la estratosfera, espero verlos.

—Los matarás, ¿verdad, papá?

—Sí. Dispararé todas mis armas contra ellos, pequeño. Te lo prometo. Pero ya eres un hombrecito y puedes pensar en que ellos, más poderosos que nosotros, pueden matarme a mí.

—¡Oh, papá!

—No te preocupes. Lo que yo deseo es que tú, que ya conoces lo que le ocurrió a mamá, me prometas que cuando seas mayor, cuando guíes una de las poderosas astronaves que el hombre construya, no olvidarás que has de defender la justicia en el espacio. ¿Verdad que no lo olvidarás?

—¡Nunca, papá! ¡Los que la violen las pagarán todas juntas!

—Vamos ahora, Peter.

Lo condujo hasta el colegio. Después de haberlo abrazado le dijo con una voz truncada por la emoción:

—Si un día yo no volviese, ¿verdad que irás a aquel sitio que te he enseñado hoy para pensar en mamá?

—Sí, padre. Iré todos los domingos por la mañana. ¡Y llevaré la pistola desintegradora que me trajo Papá Noel!

CAPITULO VIII

Las espacionaves brillaban al sol naciente, con sus puntas que parecían de plata.

Todo estaba preparado para realizar el asalto al Tercer Mundo y una multitud marciana se había congregado alrededor del espaciódromo.

Miraban con admiración las espacionaves kunianas que, una a una, salían disparadas hacia el cielo.

La capitana se destacaba, a la cabeza de la formidable formación, avanzando raudamente hacia el punto brillante que era la Tierra.

En la torreta, Tac y Sam-La miraban el despegue de las naves marcianas que debían ir detrás de las kunianas.

—Estaremos en el Tercer Mundo dentro de dos horas.

—Sí —dijo Sam-La—. No puedes imaginarte, querido, lo emocionada que estoy. ¿Cuánto crees que tardaremos en destruir a esas criaturas?

—Utilizaremos exclusivamente bombas con rayos cósmicos. Por muy densa que sea su población, creo que con unas tres horas tendremos bastante.

—¿Y… después?

—¿Después?

—Sí. ¿No te das cuenta de que te estoy preguntando algo que deseo oírte? ¿Qué haremos después, Tac?

—Nos estableceremos en el planeta conquistado.

—¿Te das cuenta? ¡Otra vez estaremos en un mundo que parece haber sido hecho para nosotros! Levantaremos nuestras grandes ciudades. Y sobre la égida del matriarcado, el pueblo kuniano será poderoso y feliz.

Tac parecía distraído, observando las naves marcianas.

—Nunca lo hubiesen conseguido sin nuestra ayuda.

—¿A qué te refieres?

—A los marcianos. Han tenido tanta suerte como nosotros.

El ojo frontal de Sam-La brilló con cierta intensidad colérica.

—¿Por qué la has tomado con ellos? Son buena gente, Tac. Y no olvides que una raza que se rige por el matriarcado tiene que ser progresista y buena a la vez.

Permanecieron unos instantes en silencio.

La Tierra se iba acercando rápidamente. Pronto fue ya visible el planeta. Sam-La mirándolo dijo:

—¡Qué enorme emoción me embarga, Tac!

Un kuniano penetró en la torreta.

—Se ha recibido un mensaje de la nave capitana marciana.

—¿Qué dice?

—Que nos desea toda clase de ventura y que estarán pendientes de nosotros por si tienen que ayudarnos. —¿Te das cuenta, querido?

En gran parte ya se veían los continentes y la masa azul verdosa del océano. La visión era verdaderamente hermosa.

—¡Qué maravilla! —exclamó ella.

—Sí. Una maravilla hecha para unos seres que van a perecer dentro de unos instantes. Seguro que ellos no se han dado cuenta de la tremenda belleza que les rodea, de todo lo que la naturaleza ha puesto a su servicio. De lo que significa tener un planeta, un bello sol que ilumina y da vida y calor. Van a perderlo todo, definitivamente, sin haber aprendido a amarlo.

Sam-La miró fijamente a su compañero.

—¿Por qué dices esas cosas, querido? ¿Quieres mostrarte especialmente cruel en estos momentos, cuando una dicha desconocida y maravillosa me invade?

—Perdona si te he entristecido, amor mío. Pero no puedo evitar estas ideas. Has comprobado cómo la vida se defendió desesperadamente contra nosotros, en los dos planetas que visitamos. ¿No entiendes lo que eso significa, Sam-La?

—De verdad que no te entiendo. Dices cosas tan raras...

—No lo son. Todos estos planetas poseen una vida que les ha sido destinada. Y es natural que la vida se defienda contra las criaturas extrañas que desean barrerla de donde nació.

—Pero, ¿olvidas la ley de la supervivencia, Tac? ¿Crees acaso que estamos haciendo algo malo al intentar que nuestra civilización, el esfuerzo de miles de generaciones, prosiga su brillante carrera en el cosmos?

—No sé qué pensar, Sam-La; ésa es la verdad. Debo de ser un solemne estúpido.

* * *

—¡Ya estamos llegando, Vhela!

El jefe marciano, a través de la pared transparente de la torreta, contempló la masa ingente del planeta, que ocupaba la totalidad del horizonte.

—Dentro de poco —siguió diciendo Thran— nuestros queridos colaboradores los kunianos nos limpiarán ese mundo de alimañas de dos patas.

—¿Y ellos?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo vas a llevar a cabo el plan que te propones?

—¿Ves esa palanca a ras del suelo?

—Sí.

—Está conectada con un dispositivo radiotérmico que lanzará rayos infrarrojos a sus espacionaves. Funcionarán los pares termoeléctricos que instalé y los dispositivos automáticos de los depósitos de nitrógeno se abrirán, dándoles un fatal final.

El otro frunció el entrecejo, y sonrió.

—He reflexionado —dijo— sobre lo que me pediste antes de salir para la Tierra.

—¿Sí? —preguntó Thran con voz llena de desconfianza.

—Sí… y he llegado a una conclusión diferente —dijo Vhela, al tiempo que sacaba una pistola desintegradora—. Me tomabas por bobo, ¿verdad? No es que tu plan haya sido malo.

Puedes estar seguro de que en el fondo te lo agradezco. Además tu idea del monopolio me gusta mucho.

»Voy conociéndote, Thran; eres ambicioso… y terminarías, ¿cómo dudarlo?, imponiéndote sobre mí. No, Thran; contigo no dormiría tranquilo… Eres un mal bicho que hasta ahora mismo me has sido útil; pero que, dentro de poco, contribuirías a que mi descanso fuese más perfecto…

Thran se percató de que el otro iba a oprimir el gatillo.

Pero por eso, porque sabía que iba a morir, no podía permitir que el otro se encontrara con todos los problemas resueltos ni gozara felizmente de todo un triunfo.

Entonces saltó.

Vhela fue el primero en sorprenderse. Pero cuando pudo darse cuenta de lo que realmente se proponía el otro, ya era demasiado tarde.

De un puntapié, Thran había impulsado hasta el fondo la PALANCA.

La palanca que enviaría los rayos infrarrojos a las espacionaves kunianas.

Vhela oprimió el gatillo.

Lanzando un rugido, el cuerpo del «zorro» se disolvió, despidiendo un olor rancio a carne quemada…

Vhela se maldijo a sí mismo por haberse dejado atrapar por la tentación de disfrutar haciéndole pasar un mal rato a Thran. Le conocía lo bastante como para haber tenido que pensar que no moriría sin hacer antes el máximo mal posible. Sabía que era un bicho maligno y que no podía fiarse de él. Por eso mismo, cuando vio adonde le había llevado la torpeza de no disparar contra él en el mismo instante en el que había sacado la pistola desintegradora, se maldijo una y mil veces y, guiado de la rabia, volvió a disparar al ya vacío espacio en el que había estado, segundos antes, el astuto Thran.

CAPITULO IX

Tac frunció el ceño.

Acercándose más a la fría superficie del transparente «panklas», pegó su cara a ella, observando el planeta al que, a una velocidad fantástica, se iban acercando las cosmonaves.

No había comparación alguna entre aquel mundo y el lejano Kunus. Ni los dos soles alumbraron jamás un cuerpo celeste como el que tenía ante su vista.

«Es maravilloso», pensó.

Le dolió, casi en seguida, la orden que Sam-La había dado o iba a dar de un instante a otro; una orden que haría que se abriesen las tapas de los lanzatorpedos, cuyos proyectiles volarían hacia las ciudades, cuyas manchas veía sobre la superficie verde-marrón del planeta.

No sabía Tac si aquella manera de actuar estaba apoyada en algún derecho. Los Libros Prohibidos no aprobaban decisiones como aquélla, calificándolas de inútiles, agresivas y baldías.

Sintió la mano de la muchacha posarse sobre su hombro.

—Da la orden de disparar, Tac.

Volvióse hacia ella, dolorosamente sorprendido.

—¿Yo...? —articuló penosamente.

Ella bajó la mirada, sin atreverse a mirarle frente a frente.

—Hazlo tú; te lo ruego.

La voz de Tac estaba llena de inflexiones dolorosas.

—¿Por qué he de ser yo, Sam-La? Tú eres el jefe.

—¡Te lo suplico, amor mío!

Tac permaneció mudo unos instantes; luego, con voz trémula, indicó:

—Todavía estamos a tiempo —suplicó.

—¿A tiempo de qué?

—De volvernos.

Hubo una dura expresión en el rostro de ella.

—¡Tac!

—Di, Sam-La.

—Olvida lo que acabas de decir. Te ordeno que empiecen a disparar.

—Ahora mismo.

Se acercó al visófono. Pero cuando se disponía a apretar la palanca, el aparato se iluminó, señal inequívoca de que estaban llamando.

—¡Aquí, espacionave número 200! ¡Nos estamos asfixiando! ¡Hay una corriente de nitrógeno en todas las cámaras!

Otras llamadas semejantes llegaron, una tras otra, procedentes de otros cosmonavíos.

Un kuniano penetró en la sala con expresión descompuesta.

—¡Nos estamos inundando de nitrógeno, Sam-La! Todos los de los pisos inferiores han perecido ya.

—¡Cierra las compuertas del pasillo! —aulló Tac.

Se alejó el otro, y Tac, sin hacer caso de la joven, cerró las puertas de la sala de mandos. Luego se acercó al visor, percatándose de que las naves afectadas, sin nadie que las pilotase, se precipitaban como flechas hacia el planeta.

—¡Van a estrellarse! —exclamó.

Y volviéndose hacia la muchacha añadió:

—¿Has oído lo que dijeron desde las otras naves?

Ella no contestó; una expresión atónita, de incomprensión, la enmudecía.

—*¡Hablaron de nitrógeno!* —gritó él—. ¿Quién pudo colocar nitrógeno en nuestras espacionaves, mientras visitábamos las ciudades marcianas?

Se percató ella de la verdad que ocultaban las palabras de Tac; se dio cuenta... cuando ya era demasiado tarde.

Corriendo hacia él, buscó refugio en sus brazos.

—¡Perdóname, Tac!

El unió los brazos-ideativos a los de la muchacha.

—Ya nada tiene importancia, querida.

Y después de un breve silencio prosiguió:

—Es decir: sí, algo tiene, sigue teniendo, una importancia tremenda. ¡Déjame, Sam-La!

Se precipitó hacia el sillón de mandos, desconectando el cerebro electrónico que gobernaba la nave. Una rápida maniobra y el aparato giró limpiamente, dando cara a las naves marcianas claramente reflejadas en la pantalla del televisor.

—¡Corrige los colimadores de puntería, amor mío! ¡Todavía no han escapado esos malditos!

Ella obedeció.

Una cruz negra fue recorriendo la pantalla. Cuando aquella cruz se posaba sobre la silueta de una nave marciana, Tac se limitaba a oprimir el botón rojo que tenía en el lado derecho.

Allá lejos, una tremenda llamarada verdosa iluminaba el espacio; luego, al disolverse, no se veía rastro alguno del navío marciano que acababa de ser desintegrado por la acción de los rayos cósmicos.

* * *

Durante los primeros minutos, Vhela pasó un miedo cerval. Después, al darse cuenta de que los cosmonavíos kunianos caían como aves sin alas, sonrió.

¿Qué podía importarle que los poderosos kunianos no le ayudaran a conquistar el Tercer Mundo?

Después de eliminar a los peligrosos amigos del espacio, el nitrógeno serviría para acabar con los habitantes de aquel maravilloso planeta en cuya estratosfera habían penetrado ya.

¡Todo marchaba a pedir de boca!

Pero, bruscamente, cuando vio que la primera fila de sus propias astronaves desaparecía en medio del relámpago verdoso de los rayos cósmicos, comprendió que su ambicioso plan se estaba viniendo abajo.

Se maldijo por haber suprimido a Thran.

Porque estaba seguro de que, en aquellas circunstancias, el «zorro» habría encontrado la manera de salir airoso.

Se precipitó hacia el interfono.

—¡Aléjense de aquí! —gritó con voz teñida de espanto.

Una maniobra rápida evitó que su nave fuera alcanzada por una explosión que había desintegrado la que volaba a su derecha.

Por fortuna, casi en seguida un denso grupo de nubes le ocultó de la vista de la vengativa astronave kuniana.

Una sonrisa de satisfacción se pintó en el rostro de Vhela.

* * *

El aparato de John volaba muy alto.

Mirando las agujas de los aparatos del cuadro de mandos,

iluminados por una tenue luz verdosa, el piloto dejó ir su imaginación mientras que la nave hendía raudamente el espacio.

Pensaba en Peter.

Le imaginaba abajo en la escuela, escuchando, seguramente con un oído distraído, las explicaciones de la maestra. Toda la mente del niño estaría empapada de la trascendente revelación que su padre le había hecho aquella mañana.

John se preguntaba si había obrado prudentemente explicando a su hijo que su madre había sido raptada por los tripulantes de uno de aquellos misteriosos «platillos volantes» que miles de gentes habían visto desde hacía años, fotografiando a algunos de ellos.

Se encogió el corazón de John al pensar en su esposa. ¡Había vivido tan poco tiempo junto a ella! Por otra parte, su profesión le obligó a estar casi siempre fuera de casa.

Incluso cuando Peter nació. En aquellos instantes estaba volando, a bordo de un MX-301, a cerca de cien kilómetros por encima de la superficie de la Tierra.

Supo que había sido padre cuando aterrizó en la base.

Sí, poco, poquísimo tiempo al lado de aquella maravillosa mujer a la que había amado, y seguía amando, más que a ninguna otra cosa. Y cerró los puños con rabia, al imaginar a los canallescos viajeros del espacio que habían ido a cebarse, precisamente, con una criatura como ella...

Entonces vio la astronave.

Había vivido mentalmente aquellos instantes tantas y tantas veces, que apenas si se extrañó de que la realidad estuviera ahí, a su alcance.

Una sonrisa feroz se pintó en su boca.

Abriendo los gases al máximo, lanzó la flecha plateada de su sofisticado aparato hacia el extraño cosmonavio. Y sonrió al constatar que su veloz aparato alcanzaba con suma facilidad a la rápida nave espacial.

—¡Ahora ajustaremos cuentas, canallas! —rugió.

Hizo que su aparato describiese un vertiginoso «bucle», pudiendo ver entonces que la gran nave, vista desde donde él estaba, parecía un gigantesco submarino.

Oprimió con decisión los botones de disparo.

Como una rugiente jauría, los cohetes de cabeza nuclear volaron

hacia el gigantesco cosmonavío a una velocidad fantástica.

John apartó su aparato, pero no pudo evitar que el grupo de colosales explosiones atómicas le zarandearan durante unos instantes, dándole la impresión de que estaba en una cascara de nuez, en medio de un tifón y en pleno Pacífico.

Poco a poco la nave recobró su equilibrio, y John, mirando la nube atómica que iba dejando rápidamente atrás, sintió un intenso gozo dentro del pecho. ¡Su esposa estaba vengada!

* * *

El cosmonavío principal, propulsado por sus poderosos motores atómicos, se alejó de la Tierra.

Sentados el uno al lado del otro, en medio de un gran silencio, Tac y Sam-La miraban hacia el hermoso planeta que no volverían a ver nunca más.

Ella lloraba mansamente.

—¿Te das cuenta del hermoso color azul que tiene ese planeta, Tac?

—Es precioso.

—Y el único que nos hubiese convenido. ¡Cuánto me hubiera gustado entablar relaciones amistosas con sus habitantes, ayudarles a progresar!

—Estuvimos a punto de destruirlos —objetó él.

Sam-La lanzó un suspiro.

—Lo peor que puede ocurrir a una criatura —dijo— es que la semilla de la violencia germine en su alma.

Y mirando con ternura a Tac, le preguntó tras una corta pausa:

—Tú sabías que todo iba a terminar así, ¿verdad? El asintió con la cabeza.

—La razón y la verdad no estaban en mí, pequeña, sino en los Libros Prohibidos. Ellos me revelaron todo; yo no tengo ningún mérito.

—Y si lo sabías, ¿por qué no me previniste?

Tac suspiró.

—No pude. Te amo demasiado y no quería comunicarte el destino de una raza que, además, nadie podía cambiar.

—Entiendo. ¿Dónde vamos ahora, amor mío?

—A terminar nuestra misión.

—¿Qué misión?

—La que nos incumbe. Hemos despertado de una larga pesadilla, Sam-La. El destino nos ha impedido destrozar los pueblos de un planeta que está hecho a la medida de sus habitantes. Ahora vamos a terminar con lo que queda de una raza decrépita, repugnante, condenada a muerte como la nuestra, pero que deseaba destruir un mundo para instalarse en él.

—¿Vamos a Marte?

—Sí.

Sobrevolaron poco después el Planeta Rojo, y Tac, maniobrando con suma habilidad, descargó hasta el último proyectil de rayos cósmicos sobre las instalaciones marcianas.

Y, de nuevo, surcaron el espacio.

Al cabo de unas horas, Sam-La alzó hacia Tac una mirada turbia.

—¿No sientes una cierta dificultad al respirar, amor? —le preguntó.

—Sí, hace rato, pero no quería alarmarte.

—Es el nitrógeno, ¿verdad?

—Sí. Escucha un poco. ¿Oyes ese silbido?

—Lo oigo.

—Es el gas. A pesar de haber cerrado herméticamente las compuertas, el gas, muy difusible, debido a la forma molecular que le dieron los marcianos, penetra lentamente en la cabina.

Siguieron hablando de cosas y cosas, con voz cada vez más lenta. Poco después, Sam-La caía desmayada.

Tac siguió con los ojos abiertos.

Pero le parecía leer las sagradas páginas de los Libros Prohibidos, una de cuyas frases lapidarias parecía tener ante su único ojo.

«Las razas están unidas a los planetas del Sistema que habitan. De poco les servirá intentar huir de ellos, buscar refugio en otros sistemas o en otras galaxias. *Su destino se habrá sellado para siempre... cuando los soles se apaguen...»*

Segundos más tarde, la espacionave saltaba en pedazos al chocar bruscamente con un asteroide, en el largo camino hacia Júpiter.

EPILOGO

El bullicio de la calle interrumpió bruscamente las clases...

Peter, como todos los niños de la escuela, salió corriendo del aula, sin que los gritos de los profesores pudieran detener la curiosidad de los escolares.

Alguien gritó:

—¡Una astronave!

Y otra voz:

—¡Ha caído en el parque! Es enorme, pero está muy destrozada...

Los curiosos no pudieron avanzar, ya que la policía formó inmediatamente un denso cordón alrededor del cosmonavío.

Ambulancias y bomberos llegaron instantes después. Un equipo especial, dotado de cortadores de rayos láser, abrió un orificio en la pared del navío cósmico y, al darse cuenta de que la atmósfera interior era irrespirable, antes de penetrar en la espacionave se pusieron máscaras.

No tardaron en salir.

Llevaban los cuerpos esqueléticos de los marcianos, que fueron depositando en el suelo.

Entonces un general de la base se abrió paso, ordenando que nadie tocase nada hasta la llegada de los técnicos. Y, al volverse, para mirar hacia el público, descubrió al hijo de John, que estaba en primera fila, entre dos gigantescos policías.

El militar hizo una seña a los agentes, que dejaron que el pequeño pasara a la zona acotada.

—¿Qué haces aquí, Peter?

—Lo que todos, señor general. Salimos de la escuela.

—Mira esa nave... ¿a que no sabes quién la ha derribado?

—¡Pues claro que lo sé! Apuesto mi pistola desintegradora a que ha sido mi papá.

—Ha sido él, hijo.

—¿Son marcianos?

—No lo sabremos hasta que los técnicos hayan examinado los cuerpos y estudiado el interior de la nave. ¡Mira, ahí llega tu padre!

Un vehículo acababa de detenerse, y de él descendió John quien, abriéndose paso, llegó hasta el general, al que saludó militarmente.

—¡A sus órdenes, señor!

—¡Buen trabajo, John!

—Gracias. También es casualidad que los restos de la nave fueran a caer aquí… Voy a acercarme a ver a esos seres.

—¡Voy contigo, papá!

—No, Peter. Espera aquí.

El piloto se acercó a la hilera de cadáveres marcianos que los bomberos habían tendido sobre el suelo.

De repente, al pasar ante uno de los cuerpos, se estremeció de pies a cabeza.

—¡Dios mío!

Se inclinó, quitando del cuello del marciano la cadena de la que pendía una cruz.

Se mordió los labios para impedir que las lágrimas acudiesen a sus ojos. ¡Era la cadena de *ella!*

Giró en redondo, dirigiéndose hacia el lugar donde el general y su hijo le esperaban. Llevaba la cadenita en la mano cerrada. Y aquel contacto hizo que el pecho se le inundase de ternura. Porque estaba seguro de que, desde alguna parte, Katty estaba mirándole y sonriéndole…

F I N